

El
Arbol Torcido.

~ ~

Drama en tres actos.

~ ~

LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA POLÍTICA Y DIPLOMÁTICA

desde la independencia
de los Estados Unidos hasta nuestros días

(1776-1895)

POR

DON JERÓNIMO BECKER

Esta obra, que acaba de ponerse á la venta, contiene en amplio y fiel extracto los principales tratados; examina con imparcialidad la historia de éstos, señala sus defectos y expone con minuciosos detalles lo referente á las relaciones exte-

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autótipas y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartonné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

EL ÁRBOL TORCIDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D. ANTONIO HURTADO.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1857.

PERSONAJES.

ACTORES.

CONDESA DE LA ESPE-	
RANZA.....	SRA. LAMADRID.
DOÑA JUANA.....	SRA. CAMPOS.
CLOTILDE.....	SRTA. BUZON.
ENRIQUE.....	SR. ROMEA. (D. J.)
EL MARQUES DE CASA-	
NOVA (su tio).....	SR. ARJORNA. (D. J.)
CALISTO.....	SR. FERNANDEZ.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de los Sres. Gullon y Regoyos, editores de la galeria lírico-dramática EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.



ACTO PRIMERO.

Salon elegante. puertas á derecha é izquierda: la de fondo es la de entrada: un velador en donde mejor convenga, con recado de escribir y libros de recreo.

Al abrirse la escena aparecen D. Enrique y Doña Juana: detrás, á cierta distancia, Calisto con varios útiles de viaje y dos mozos cargados con maletas y sombrereras. D. Enrique en traje de camino.

ESCENA PRIMERA.

D. ENRIQUE, DOÑA JUANA, CALISTO.

ENRIQ. (*Leyendo en su cartera.*)

Doña Juana Almonacid
hospeda con grande esmero;
señas: casa de Cordero,
calle Mayor, en Madrid.

JUANA. Justo, no tiene falencia,
es aquí.

ENRIQ. (*Saca una tarjeta.*) Falta otra cosa:
lea usted.

:

257844

- JUANA. (*Leyendo.*) «Pedro Ortigosa,
arcediano de Valencia.»
- ENRIQ. Tarjeta de introduccion
que en frase concisa y llana,
pidiendo está á doña Juana
una simple habitacion.
- JUANA. ¿Pues no? ¡Vaya!... ¡Ave Maria!...
¡Habitacion!... ¡Bueno fuera!...
Si otra mejor no tuviera
á usted cediera la mia.
- ENRIQ. Oferta tan obsequiosa
y tan notable merced,
prueban bien lo que de usted
dice mi amigo Ortigosa.
Pues afirma por el Cid,
con vivo y vehemente anhelo,
que es de huéspedas modelo
Doña Juana Almonacid.
- JUANA. No sé cómo tal favor
pagar á don Pedro pueda:
¡es tan bueno!... ¿Y cómo queda
en Valencia el buen señor?
- ENRIQ. ¡Hecho en su huerta un salvaje!
¡siempre igual, siempre contento!
- CALISTO. (*Impaciente.*)
¿Pero no se halla aposento
donde entrar el equipaje?
- JUANA. ¡Calla!.. ¡Es verdad! me olvidé
de lo que mas interesa.
- CALISTO. ¡Ya!... ¡como á usted no le pesa!
- JUANA. Perdone usted.
- CALISTO. No hay de qué.
- JUANA. Libre está y desocupado
este que ve usted aqui:
(*Señala el de la derecha del actor.*)
un príncipe marroquí
lo ocupó el año pasado.
- CALISTO. Entremos en este, pues,
que á su apariencia me ajusto.
- JUANA. El precio...
- CALISTO. Si es de mi gusto
lo trataremos despues.

(*Entra con los mozos en la habitacion indicada, los cuales salen á poco y se van por el fondo.*)

ESCENA II.

DOÑA JUANA, ENRIQUE.

- JUANA. Corriente: usted me dirá
el trato que...
- ENRIQ. (*Con indiferencia.*) Por ahora...
- JUANA. ¿Comerá usted en su cuarto,
ó abajo en mesa redonda?
- ENRIQ. (*Con curiosidad.*)
¡Hola!... ¿hay mesa general?...
¡que me place y me acomoda!...
No hay cosa que mas me aburra
que esto de comer á solas.
¿Qué gente baja á la mesa?
- JUANA. Gente alegre y bulliciosa;
jóvenes ricos y amables
qué hablan de bailes y modas,
de política y de amores,
de la zarzuela y la ópera.
- ENRIQ. (*Con desden.*)
Si, si: ¡como si los viera!
¡polluelos que me encocoran,
que danzan en todas partes
y en todas partes estorban!
No, no; me carga esa gente,
comeré solo, patrona.
- JUANA. Como usted guste: ademas
bajan algunas señoras.
- ENRIQ. (*Con interés.*)
¡Señoras!... ¡viejas sin duda!
- JUANA. ¡Al contrario! bellas todas.
- ENRIQ. (*Sorprendido.*)
¡A ver!... eso me interesa.
¿Con que son lindas?
- JUANA. ¡Preciosas!
- ENRIQ. ¡Casadas!...
- JUANA. ¡Pues... y solteras!

Hay de todo.

ENRIQ. ¡Santa Mónica!...

JUANA. Sobre todo, la viuda.
¡Oh... la viuda es hermosa!
Veintidos años, y un genio
que seduce y enamora.

ENRIQ. ¡Diablo!... ¡Usted pone en su mesa
frutas tan apetitosas!
Nada, no hablemos mas de ello,
comeré abajo: no es cosa
de que por mí se interrumpa
la costumbre...

JUANA. Eso no importa;
si usted quiere comer solo,
camareros hay de sobra
que le sirvan.

ENRIQ. No hace falta;
está doblada la hoja
de ese asunto: como abajo.

JUANA. Es que si á usted incomodan
las bromas, hará usted mal...

ENRIQ. ¡Incomodarme las bromas!...
¡A mí!... Pues si es mi elemento,
el ruido y... ¡á qué hora
se come en casa?

JUANA. A las cinco,
al son de campana.

ENRIQ. (*Mirando el reló.*) ¡Sopla!
¡Faltan cincuenta minutos!

JUANA. Para mudarse de ropa
sobra tiempo.

ENRIQ. Es que quisiera
una diligencia corta
evacuar antes.

JUANA. Corriente.
Usted no hará mala obra;
y en caso de que tardase
yo retrasaré la sopa.

ENRIQ. ¡Oh! no. Seré mas exacto
que un quinto á la lista. ¡Oiga!
¡habiendo damas al medio!
Digo, y siendo yo en persona

la exactitud...

JUANA. Pues entonces,
si usted licencia me otorga,
voy á ver...

ENRIQ. Tráteme usted
sin ninguna ceremonia:
haga usted cuenta que soy
otro don Pedro Ortigosa.

JUANA. Vuelvo pues, señor... ¿Su gracia?

ENRIQ. Enrique de Casanova.

JUANA. Por mil años.

ENRIQ. Se agradece.

JUANA. Hasta luego.

ENRIQ. Abur, señora.

JUANA. (Ap.) ¡Parece amable este jóven!

ENRIQ. (Ap.) ¡Parece muy obsequiosa!...

(Se va Doña Juana por el fondo y aparece
Calisto con ropa para limpiar.)

ESCENA III.

D. ENRIQUE, CALISTO.

ENRIQ. De verme al fin en Madrid
desfallezco de alegría.
¡Ay Calisto! me aburría
allá en Valencia del Cid.
Aquí la vida recibe
nuevo ser y nuevo aliento:
¡qué bulla!... ¡qué movimiento!
¡Solo en la córte se vive!
Nuevos los objetos son
que por todas partes miro:
¡Gracias á Dios que respiro
con todo mi corazón!

CALISTO. (Cepillando.)
¡Vea usted qué diferencia!
A mí Madrid me encocora:
¡nos iba tan bien ahora
en la ciudad de Valencia!
¡Qué diablos de comision
le dieron á usted allí,

- que le han obligado así
á dejar la guarnicion?
- ENRIQ. Ninguna, que inútil fuera
habérmela conferido,
cuando vengo decidido
á abandonar la carrera.
- CALISTO. ¡Cómo!... ¿va usted á dejar
el servicio? (*Acercándose admirado.*)
- ENRIQ. Por dejado;
que es fastidioso y cansado
el servicio militar.
¿Dónde hay vida mas cruel
y de emociones escasa,
que la vida que se pasa
encerrado en el cuartel?
Por mas que el labio reproche
tan negra monotonía,
se fastidia uno de día
y se fastidia de noche.
Y en vano es hacer alarde
de resignacion cristiana,
haciendo por la mañana
lo mismo que por la tarde.
¿Quién no maldice su ser,
cansado ya de sufrir,
al tener hoy que decir
lo mismo que dijo ayer?
¿Y quién antes y con antes
no se atosiga de enojos,
al mirar ante sus ojos
siempre los mismos semblantes?
Mas lo que cansa á cualquiera
y le aburre y le incomoda,
es ver tanta cara goda
trasquilada de mollera.
¿Pues qué es ir á la instruccion?
¡Oh! lo que saca de quicio,
es el maldito ejercicio
de instruir un peloton.
¡Tener delante de sí
igualmente uniformados,
diez, veinte, treinta soldados,

que no se mueven de allí
si no los mueve tu voz,
que en son de lánguida endecha
grita: «á la izquierda, á derecha,
de frente... ¡marchen!...» ¡qué atroz!...
¿Y hay quien á vivir así
se acostumbre? No, por Cristo;
no es para mí, no, Calisto,
Calisto, no es para mí.

CALISTO. (*Dejando el cepillo y la ropa.*)
Pero...

ENRIQ. No mas vasallaje,
no mas disciplina, á fé:
ahora mudarme podré
siempre que quiera de traje.
(*Empieza á desnudarse.*)
Ejemplo: toma esa ropa
que me está oliendo á reten.

CALISTO. (*Con despecho.*)
¡Ea!... ya murió también
la vestimenta de tropa.
(*Recogiéndola.*)
La enterraré en el hondon
del baul con el manteo.
¡Bueno estará el solideo
al lado del morrion!

ENRIQ. Vísteme.
(*Recibe algunas prendas de Calisto.*)

CALISTO. ¿Con que es decir
que ya á Valencia no vamos?

ENRIQ. No, Calixto, nos quedamos
en la córte hasta morir.

CALISTO. (*Pasmado.*)
Pero ¿y la boda, señor?
¿y vuestra novia que espera?

ENRIQ. Que se case cuando quiera
con quien le plazca mejor.

CALISTO. ¡Bravo!... ¡y estando estendido
el contrato!... Eso es faltar...

ENRIQ. Pues qué, ¿debiera esperar
á que fuera su marido?

CALISTO. (*Con enojo.*)

Vamos, es cosa que irrita
ver á usted tan satisfecho.
Para obrar así, ¿qué ha hecho,
qué ha hecho la señorita?
¿Qué defectos la ha encontrado?
¿Qué faltas ha visto en ella?
¿No es jóven? ¿no es rica y bella?
¿Pues qué diablos ha pasado?
¿Ha ocurrido alguna riña?

ENRIQ. Nada.

CALISTO. Entonces, ¿qué razones?...

ENRIQ. Yo admiro sus perfecciones,
pero parece una niña.

CALISTO. ¡Pues vaya una tacha rara!
¡Ser niña!... ¿No da embeleso
su rostro?

ENRIQ. Lo peor es eso,
la perfeccion de su cara.

CALISTO. ¡Oh... me doy á Belcebú!
¡Esa sí que es aprension!

ENRIQ. Calisto, esas cosas son
cosas que no entiendes tú.

CALISTO. Pero vamos, ¿y el genial?
¡Quiá! ¡si por nada se exalta!

ENRIQ. Ahí tienes la peor falta
de una mujer, ser igual.

CALISTO. Pues señor, cuadre ó no cuadre,
digo á usted que obra sin seso.

ENRIQ. ¡Calisto!

CALISTO. ¿Qué dirá á eso
el bendito de su padre?

ENRIQ. ¡Su padre!.. por él me alegro
no haber hecho el desatino
de casarme!

CALISTO. ¡Un buen marino,
y rico!...

ENRIQ. ¡Si, vaya un suegro!
¡Verme obligado á escuchar
un mes, y otro, ¡eternamente!
entre el rom y el aguardiente,
sus campañas por la mar!
¡Que rabie, que chille y ladre,

no pienses que eso me aflija!
doy de barato á la hija
por no alternar con el padre.

CALISTO. (*Despechado.*)

¡Suerte maldita y bribona!

ENRIQ. ¿Por qué te quejas así?

CALISTO. (*Sonriendo.*)

Toma, porque dejo allí,
en Valencia, una persona...

ENRIQ. ¡Oiga!

CALISTO. Ramona Borao.

ENRIQ. No sabja...

CALISTO. ¡Una chiqueta!..

lo mas linda y boniqueta
que se pasea en el Grao.

(*Entusiasmado.*)

Con una boca y un talle
y dos luceros que... ¡vaya!
cuando ella mueve la saya...
mejor es que me lo calle.

ENRIQ. (*Riendo.*)

¿Y eso te aflige?

CALISTO. ¿Pues no?

ENRIQ. Ya hallarás otras mujeres.

CALISTO. ¡Yo olvidarla!.. ¡que si quieres!..

no soy de esos tratos yo.

Soy mas firme y tengo un brio
en el querer...

ENRIQ. Bien, despacha,

déjate de esa muchacha,

que quiero ver á mi tío

antes de comer. ¡Ya ves!

¡justo es decir que he llegado!

CALISTO. (*Cepillándole.*)

¿Y por qué no hemos parado
en la casa del Marqués?

ENRIQ. (*Asustado.*)

¡De mi tío! ¡San Zenon!

¡Si hay un órden!.. ¡bueno fuera
que de Málaga saliera

para entrar en Malagon!

Todo en ella va á compás,

con regla lo mide todo:
¡Oh! no, á vivir de ese modo
no me avendré yo jamás.
A las diez, al comedor,
que á las diez se desayuna;
se va al senado á la una,
(ya sabes que es senador.)
Come como un veinticuatro,
toma en seguida café:
luego figura que lee
y despues se va al teatro.
Vuelve á las doce, á dormir,
y al otro dia... ¡Oh placer!..
¡lo mismo!.. no puede ser,
asi no quiero vivir.
Yo quiero mas libertad;
¿quién el método resiste?
Calisto, el placer consiste
en la amable variedad.

CALISTO. (*Riendo.*)

Es decir, la *vita bona*...
mire usted, tambien á mí...
mas callo, que viene aqui
nuestra querida patrona.
(*Enrique se pone el sombrero al espejo y
empieza á ponerse los guantes cuando en-
tra Doña Juana con tohalla, jarro, y unas
sábanas debajo del brazo.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, CALISTO, DOÑA JUANA.

JUANA. ¡Hola! ¡ya está usted vestido!

¡Digo!.. y yo me apresuraba...

CALISTO. (*Cogiéndolos.*)

¡Tohalla y jarro!.. ¡á buena hora!

JUANA. Perdone usted si hizo falta;
mas no há sido culpa mia
que ha sido de esa muchacha.

CALISTO. ¿Que muchacha?

JUANA. La doncella.

CALISTO. ¿Hay una doncella en casa?

JUANA. ¡Pues! Clotilde, la asistenta
de esa viuda tan guapa
de que hablé á usted. (*A D. Enrique.*)

CALISTO. ¿Y es bonita?

JUANA. ¡Oh! ¡bonita como un ascua!

CALISTO. ¡Verá usted si esa doncella (*Ap.*)
vá á ser al postre la causa
de que yo falte á Ramona!
¡preciso es estar en guardia!

JUANA. ¡Calle usted, ahora recuerdo
que ustedes... por fuerza, vaya!..
Si, de fijo la conocen.

CALISTO. ¿A la doncella?..

JUANA. No, al ama.

¡Si es de Valencia!

ENRIQ. ¿Qué?.. ¿Cómo?

JUANA. ¡Si vino recomendada
por don Pedro de Ortigosa!

ENRIQ. (*Sorprendido.*)

¡Calle!.. ¿Há mucho?

JUANA. Dos semanas.

ENRIQ. (*Con curiosidad.*)

¡Y dice usted que es muy linda!..
que es viuda, y valenciana!..

JUANA. Si señor, y muy amable.

ENRIQ. (*Ap.*) ¡Ahora caigo!.. ¡Virgen santa!
(*Aturdido.*) ¡Si debe ser la Condesa,
y no la he escrito una carta!

JUANA. Por cierto que la doncella,
que es chica de buena pasta,
y que yo recomendé
con grandísima eficacia
á la señora, me ha dicho
(contado sea en confianza...)

CALISTO. (*Con interés.*)

A ver, á ver qué ha contado.

JUANA. Dice que la pobre anda
un tanto triste estos dias,
porque de Valencia aguarda
unas cartas que no llegan.

CALISTO. ¡De su novio!

ESCENA V.

D. ENRIQUE, CALISTO.

- ENRIQ. ¡Apenas puedo volver
Calisto, de mi sorpresa!
¡Hallar aquí á la Condesa!
Me va á matar el placer.
- CALISTO. ¿El placer?.. (*Con extrañeza.*)
- ENRIQ. ¡Si es mi tesoro!
- CALISTO. Esta es buena, ¡Jesucristo!
- ENRIQ. ¿De qué te asombras, Calisto!
¿No sabes lo que la adoro?
- CALISTO. Lo que puedo decir yo
es que usted la amó en Valencia,
pero que en su corta ausencia
con otra la reemplazó.
- ENRIQ. ¡Reemplazarla!.. ¡Desatinó!..
¡Siendo mi esperanza toda!
- CALISTO. Pues diga usted, ¿y la boda
con la hija del marino?
- ENRIQ. ¡Vaya una lógica!
- CALISTO. ¡Toma!..
- ENRIQ. ¿De eso juzgas?..
- CALISTO. ¡Ya se vé!
- ENRIQ. ¡Pues si aquello lo tomé
por pasatiempo y por broma!
Ella ausente...
- CALISTO. ¡Ya!
- ENRIQ. Yo loco
de pesar... vi otra mujer..
¡Algo debía yo hacer
para entretenerme un poco!
- CALISTO. ¡Pues digo á usted que no es cosa
el tal entretenimiento!
¡Ajustar un casamiento
con una niña preciosa!
- ENRIQ. Pues bien, deduce de ahí.
- CALISTO. La consecuencia es bien clara.
- ENRIQ. ¡Si á la Condesa no amara
me hubiera casado allí!

CALISTO. ¡Eso si que es razonar!

ENRIQ. Claro está; al seguir su huella
pruebo que dejo por ella,
todo, hasta el ser militar.

CALISTO. ¡Ya!.. con que no es el cuartel
sino el amor de esa dama...

ENRIQ. Eso, su amor que me inflama;
no puedo vivir sin él.
¡Y á verla voy!.. ¡Está ahí!..
loco estoy, Calisto mio;
corro á casa de mi tío
y al momento vuelvo aqui.

ESCENA VI.

CALISTO.

Anda con Dios: mala peste
contigo cargue y se vaya.

¡Oh! ¡no es posible que haya
otro señor como este!

Constancia y lealtad pregona
cuando es lo mas valadí...

(Despechado.)

¡Que por él esté yo aqui
separado de Ramona!

¡Por vida!.. ¡Y á lo mejor!
cuando estaba... ¡mala leva!

¡mas madura que una breva
y muertecita de amor!

Quizás... ¡recuerdo gentil!
ahora, devorando enojos

por mí se limpia los ojos
en las puntas del mandil.

(Con fruicion.)

¡Ay qué mandil!.. ¡Pobrecita!

¿Y habré de olvidarla?.. no;
seré lo mas firme yo...

(Aparece Clotilde.)

¡Huy qué chica mas bonita!

ESCENA VII.

CALISTO, CLOTILDE, *deteniéndose un momento sorprendida.*

CLOT. (*Ap.*) ¡Oiga! ¡un jóven!..

CALISTO. (*Mirándola con asombro.*)

¡Qué criatura
para metida en conserva!

CLOT. (*Ap.*) ¡Calla! ¡pienso que me observa!
Pasa con direccion al cuarto de la Condesa.)

pues no es muy mala figura.

CALISTO. (*Saludando.*)

¡Servidor! (*Ap.*) ¡Ay que remona!..

CLOT. (*Disponiéndose á entrar.*)

Se agradece la merced.

CALISTO. (*Siguiéndola.*)

¡Jóven!.. niña... escuche usted.

(*Ap.*) ¡Si es mas guapa que Ramona!

CLOT. ¡Qué tiene usted que mandar?

CALISTO Nada... pienso... me parece...

CLOT. ¡Qué se ocurre? ¡Qué se ofrece?

CALISTO. (*Sonriendo.*)

He creído al verla entrar...

(no sé si me he equivocado)

que por lo graciosa y bella

es usted cierta doncella,

de quien el ama me ha hablado.

CLOT. Puede ser.

CALISTO. (*Ap.*) ¡Ay que bribona!

¡qué miradas me dispara!..

Soy justo, tiene la cara

mejor que la de Ramona.

¿Cómo es su gracia de usted?

CLOT. Clotilde. (*Ap.*) ¡Qué querrá este hombre?

CALISTO. ¡Clotilde!.. ¡Bonito nombre!..

(*Ap.*) preciso es tender la red.

Pues escuche usted, Clotilde.

CLOT. (*Ap.*) ¡Y no tiene mala facha!

CALISTO. (*Ap.*) ¡Válgame Dios, que muchacha!

no tiene pero ni tilde.

CLOT. Acabe usted...

CALISTO. Su persona
de tal manera me encanta...
¡Si tiene usted la garganta
mejor que la de Ramona!

CLOT. ¿Pero que es esto que escucho?
¡su amor me está declarando!

CALISTO. (*Entusiasmado.*)
No sé lo que estoy hablando,
se que me gusta usted mucho.

CLOT. ¡Calla! no es malo el desgarró
con que su afición me expresa.

CALISTO. Me gusta á mí una sorpresa
hecha así, á boca de jarro.

CLOT. (*Afectando dignidad.*)
Pues caballero, si intento
de burlárseme ha traído...

CALISTO. (*Con sentimiento.*)
¡Caballero!.. Eso me ha herido;
deje usted el tratamiento.
Hablemos de igual á igual
y deponga su sorpresa;
si usted sirve á una Condesa
yo á un mancebo principal.
Y como sé que él y ella
se entenderán, justo y bien
es que se entiendan también
el criado y la doncella.

CLOT. ¡Calle usted!.. ¿Y quién me abona
que su amor no es un capricho?..

CALISTO. (*Con deleite.*)
Pues señor, lo dicho dicho,
es mas guapa que Ramona.

CLOT. (*Con enojo.*)
¿Pero que Ramona es esa,
y cual es ese otro enredo
que yo comprender no puedo
de su amo y de la Condesa?

CALISTO. No so me finja usted boba.

CLOT. Digo que no se me alcanza...

CALISTO. Si usted sirve á la Esperanza

- yo á su novio Casanova.
- CLOT. ¡Ah!... (*Comprendiendo.*)
- CALISTO. (*Satisfecho.*) Dió luz su inteligencia.
- CLOT. (*Gozosa.*)
¿Está aquí? Voy á avisar...
- CALISTO. Acabamos de llegar
de la ciudad de Valencia.
- CLOT. ¿De veras? ¡Ay, señorita,
qué nueva para su alma!
Corro á llevarle la calma
que su pesar necesita.
- CALISTO. (*Deteniéndola.*)
¿Cómo!... ¿Y así me abandona?
¿no me quiere usted oír?
(*Ap.*) Yo la quisiera decir
lo que le dije á Ramona.
- CLOT. (*Impaciente.*)
Pues bien, hable sin temor
y sin hacerse el humilde.
- CALISTO. Entonces, oye, Clotilde;
me estoy muriendo de amor
desde el punto en que te ví;
pues juro á fé de Calisto
que en ninguna parte he visto
las gracias que miro en tí.
- CLOT. (*Asombrada.*)
¡Calla!... ¡Y me tutea ya!
- CALISTO. ¿Por qué no? Entre dos amantes,
debe hacerse cuanto antes
lo que mas tarde se hará.
¿Ves? Te miro sonreír,
y esa señal no equivoca,
la sonrisa de una boca
es mas clara que el decir.
- CLOT. Si es verdad esa pasion...
- CALISTO. A jurarte me aventuro...
- CLOT. (*Escuchando.*)
¡Callé usted!
- CALISTO. (*Ap.*) Lo que yo juro
es que soy un gran bribon.
- CLOT. Veremos. (*En voz baja.*)
- CALISTO. Mi fé te abona...

CLOT. (*Fingiendo arreglar muebles.*)
Luego hablaremos aquí:
alguien viene.

CLOT. (*Después de un momento.*) No creí
faltar tan pronto á Ramona.

ESCENA VIII.

DICHOS, ENRIQUE.

ENRIQ. (*Distraído.*)
¿Y hay quien á Madrid aguante?
(*Viendo á Calisto.*)
Calisto, ¿qué sabes de ella?

CALISTO. Mire usted á su doncella
en esa niña elegante.

ENRIQ. ¡Cómo! Usted es...

CLOT. Si, señor,
para lo que guste.

ENRIQ. (*Dejando el sombrero.*) ¡Oh gozo!...

CLOT. (*Ap.*) El novio es todo un buen mozo,
digno de obtener su amor.

ENRIQ. ¿Sabe la Condesa ya
que estoy en Madrid?

CLOT. Aun no,
que esta mañana salió
y no ha vuelto.

ENRIQ. ¿Y tardará?

CLOT. Mucho ya no puede ser;
menos de un cuarto de hora,
que es poco visitadora
y ya es hora de comer.

ENRIQ. ¡Oh... de impaciencia me ardo!

CLOT. Voy á esperarla.

ENRIQ. Si, si;
y dígala usted que aquí
con inquieto amor la aguardo.

ESCENA IX.

ENRIQUE, CALISTO.

- ENRIQ. (*Tirándose en una butaca.*)
¡Todos son hoy contratiempos!
- CALISTO. (*Ap.*) ¡Adios... subió la marea!
- ENRIQ. Mientras mas prisa se tiene,
peor: bajo la escalera,
salgo á la calle y dos coches
de tal manera me encuentran,
que en el medio me sorprenden
sin que salir de ellos pueda
en seis minutos: al cabo
me libro y gano la acera;
doblo la esquina al correo
y en la calle de Carretas
unos ciegos del demonio
que cantan las caleseras,
entre un círculo de gente
que oye con la boca abierta,
me detienen otra vez,
y que quieras ó no quieras,
héme haciendo el vigilante
al lado del centinela.
Al fin, á favor de un coche
todo aquello se dispersa;
subo á casa de mi tío:
no estaba: escribo dos letras
diciéndole mi llegada:
bajo, y me encuentro la puerta
tapiada de carne humana
por yo no sé qué pendencia
entre un cochero y un pollo
que no tiene una peseta,
y... vamos, ¡es insufrible!
¡Qué barahunda! ¡qué gresca!
¡Y hay quién viva en este infierno?
El que vive aquí es por fuerza.
- CALISTO. ¡Canario? pues no hace mucho
que dijo usted que esto era

el paraíso.

ENRIQ. ¿Y qué importa?

CALISTO. Usted, si bien lo recuerda,
dijo: «aquí solo se vive,
solo en la corte se alienta,
todo divierte en Madrid,
todo el ánimo recrea.»

ENRIQ. (*Con hastio.*)

Es que al principio seduce
el aspecto que presenta
la capital; pero luego
que se examina de cerca,
todo su esplendor, su lujo,
sus placeres y sus fiestas,
bajo el aspecto brillante
de una variedad inmensa,
guardan el enojo frío
de una vida sin belleza.

CALISTO. Pero, señor, ¿es posible
que diga usted tal blasfemia?
¿dónde pasa en Madrid día
que á otro día se parezca?

ENRIQ. (*Levantándose.*)

¡Necio! todos los placeres
que en el gran mundo se albergan,
puede apurarlos un hombre
en una semana ó media.

Bailes, conciertos, teatros,
esa es, Calisto, la rueda
de los placeres del mundo,
que dando vueltas y vueltas,
en una semana acaban
y en otra semana empiezan.

¿Quién es el alma de estuco,
míope de inteligencia,
que no vé que esos placeres
que le deslumbran y ciegan,
son la semana segunda
los mismos que en la primera?

CALISTO. (*Con intencion.*)

¡Ah! vamos, ya lo comprendo:
usted quiere cosas nuevas

todos los dias: es justo:
yo quisiera mas; quisiera
que nuevas todas las cosas
á cada minuto fueran.

ENRIQ. ¿De veras?

CALISTO. ¡Usted veria
qué quisicosas tan buenas!

ENRIQ. (*Con enojo.*)

¿Te estás burlando de mí?

CALISTO. Mas ya se vé, siendo fuerza
tener que tomar las cosas
como aqui nos las entregan,
yo tengo resignacion,
¡pues!... y á fuerza de paciencia,
como, bebo, duermo y amo,
y asi la vida se lleva;
que pues no tiene otros lances
yo me conformo con ella.

ENRIQ. (*Amenazándole.*)

¿Te burlas? Vete de aqui.

CALISTO. (*Asustado.*)

Pero, señor...

ENRIQ. (*Irritado.*) ¿A qué esperas?

CALISTO. Si yo...

ENRIQ. Lárgate, te digo,
quítate de mi presencia.

ESCENA X.

ENRIQUE, *paseando.*

¡Habrásé vis to insolente!
Porque á veces le tolera
mi bondad, hoy se me atreve,
y se me burla y me veja.
No se puede ser afable
con los criados: se hombrean
luego con uno... ahora caigo;
que este mal es culpa nuestra.
Se juzgan de la familia
despues que dos meses llevan
de servirnos... Es preciso

que yo cambie de sistema.
(*Se detiene.*)
Este muchacho me aburre,
su cara á cargarme empieza;
siempre la misma... ¡qué diablos!...
¡Esto es cansado! ¡Ah... qué idea!
¡Calisto! (*Llama.*)

CALISTO. (*Dentro.*) Voy.

ENRIQ. Que otro sufra
con su cara su insolencia.

ESCENA XI.

ENRIQUE, CALISTO.

CALISTO. Mande usted.

ENRIQ. Tu cuenta al punto.

CALISTO. (*Con extrañeza.*)
¿Qué dice usted?

ENRIQ. Trae tu cuenta.

CALISTO. (*Turbado.*) Pero señor...

ENRIQ. ¿Qué te debo?

CALISTO. Seis duros.

ENRIQ. (*Dándoselos.*) Pues libre quedas.

CALISTO. ¿Libre?.. ¡Cómo! (*Desconcertado.*)

ENRIQ. ¿No comprendes?

CALISTO. No comprendo ni una letra.

ENRIQ. ¿No te digo que te vayas?

CALISTO. Pero ¿dónde?

ENRIQ. Donde quieras.

CALISTO. ¡Ah! ¿Con que usted me despide?

ENRIQ. Cabal.

CALISTO. (*Con pena.*) ¡Me arroja!.. ¡Me echa!
¿Pues qué falta he cometido,
vamos á ver? ¿Qué despena
he saqueado? ¿Qué plato
he roto? ¿Qué faltriguera
he registrado?

ENRIQ. (*Impaciente.*) No es eso:
tu falta...

CALISTO. Quiero saberla,
si señor, saberla quiero,

que es justo que yo la sepa.

ENRIQ. Pues lo quieres, lo diré;
no me importa que te ofendas.

CALISTO. Bien, diga usted.

ENRIQ. Es tu cara,
que me carga.

CALISTO. (*Sorprendido.*) ¡Esta es mas negra!

ENRIQ. ¡Eh!.. ya lo sabes.

CALISTO. ¡Canario!..

¡Pues no es mi cara tan fea!
Y luego si no es bonita...

ENRIQ. Es que me canso de verla,
que la he visto mucho, ¿entiendes?
Esa es la razon.

CALISTO. ¡Aprieta!

¿Con que es decir que mi cara
es antigua? ¡Buena es esa!
¡Y va á cumplir treinta años
para las próximas yerbas!
Pero señor, ¿qué demonios
tiene que ver esta jeta
para que esté bien servido,
para que esté siempre alerta
á su voz y á su mandato,
para que la ropa tenga
siempre á punto?

ENRIQ. No te canses,

estan demas esas quejas.
Yo no he culpado tu celo;
tus cualidades son buenas:
eres activo, aseado,
(*Calisto se sienta á escribir en un papel que
sacará.*)

fiel, reservado de lengua,
limpio de manos... ¿qué escribes?

CALISTO. Voy poniendo en mi libreta
los méritos que me adornan
y que usted mismo confiesa.

ENRIQ. Bueno, venga, y firmaré.

CALISTO. Ahi está... ¡Si yo pudiera
estrenar todos los dias
nueva cara!

ENRIQ. (*Dándole el papel.*) Bien, abrevia.

CALISTO. Corriente, me iré al instante,
haré al punto mi maleta.

(*Se entra en la habitacion de D. Enrique.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE, *pensativo.*

Su cara... si no es hermosa
no asusta por su fealdad;
pero es triste á la verdad
ver siempre la misma cosa.

Es ridículo y cruel
echarle con tal pretexto.

¡Eh!.. ¡qué diablos! otro al puesto;
al menos no será él.

ESCENA XIII.

ENRIQUE, *el MARQUES, desde el fondo.*

MARQ. Enrique.

ENRIQ. (*Con gozo.*) ¡Mi tio!..

MARQ. (*Entrando con gravedad.*) Si.

ENRIQ. Venga un abrazo apretado.

MARQ. Ahora la nueva me han dado
de que te hallabas aqui.

ENRIQ. Estuve en casa...

MARQ. Lo sé:

mas permite que te arguya;
siendo mi casa muy tuya,

¿por qué estás aqui? ¿por qué?

Al despreciar mi regazo

Enrique, me has ofendido:

mas, ya ves, no me ha impedido
darte al entrar un abrazo.

ENRIQ. ¡Eh! no tome pesadumbres,

ni eso le cause pesar,

que no he querido alterar

sus patriarcales costumbres.

MARQ. Si, si, razones capciosas,

pero no estimo el favor;
ya sabes tú dar color
cuando conviene á las cosas.

Mas hablemos con juicio
y á un lado las niñerías.

(*Se sientan.*)

En tu carta me decias
que dejabas el servicio.

¿Cómo me explicas aqui
ese nuevo desvario?

ENRIQ. ¡Ay!... esa vida, tio mio,
me cansa, no es para mí.

MARQ. Tú no sirves para nada. (*Con sequedad.*)

ENRIQ. ¿Cómo?

MARQ. Si, lo dicho, dicho;
obras siempre por capricho.

ENRIQ. Mas...

MARQ. Todo te desagrada.

Servir quisiste al Estado
un dia; y al ver tu fé,

porque fueras trabajé
á una embajada agregado.

Cansarte debiste alli

ó hiciste algun mal entuerto :

no lo sé; pero es lo cierto
que al mes estabas aqui.

Otra vez tu humor voltario

quiso aprender teologia,

y yo, que en tu fé creia,

¡pues!... te envié á un seminario.

Pesarte debió despues

estudiar cosas tan graves;

yo no lo sé; mas tú sabes

que aqui te hallabas al mes.

Dejada ya la prebenda,

y hallándote aqui muy triste,

al fin y al cabo quisiste

ser oficial en Hacienda.

Lo que en la oficina harias

tú lo sabrás, que yo en esto...

pero dejaste tu puesto,

cabal, á los quince dias.

Y ahora que mi genio activo,
con esfuerzo sobrehumano,
logra hacer de tí, paisano,
un capitan efectivo,
vienes á decirme aqui,
pretestando mil quimeras:
«ahi estan mis charreteras,
que las lleve otro por mí.»
Vamos á ver, ¿qué pretesto
puedes ahora alegar?
¿No te debo preguntar,
qué es esto, Enrique, qué es esto?

ENRIQ. (*Avergonzado.*)

De tanta y tanta merced
de inmerecedor me acuso:
tio, comprendo que abuso
de la paciencia de usted.
Tiene usted mucha razon,
culpable soy, lo confieso;
mas no es por falta de seso
tanta y tanta variacion.

MARQ. ¿Pues en qué estriva?

ENRIQ.

En muy poco:

mire usted, ya yo he notado
que al elegir un estado,
no hay remedio, me equivoco.
Noto que en él me va mal,
y de él salgo á toda costa;
y esto, tio, lo hago aposta,
porque... porque es natural.
Resignarse á la quietud
de una vida que no llena,
será una virtud muy buena,
mas no tengo esa virtud.
Cuando advierto que en un potro
estoy, que me he equivocado,
renuncio á tan mal estado
y salgo en busca de otro.

MARQ. ¡Pues!... ¡y no ves en tu humor
inconstante y sempiterno,
que ese anhelar tan eterno
es el estado peor.

- ENRIQ. ¿Por qué, tío? Usted se afana
en contrariar lo que digo:
¿pues obro mal cuando sigo
la ley de la raza humana?
Ciego será quien arguya
contra tal movilidad:
esa eterna variedad
es cosa suya y muy suya.
¿Quién no siente un mal interno
que siempre le trae anhelante?
Para ser perseverante
debiera ser uno eterno.
Fije usted si no la idea
en cuanto el mundo aquí aduna:
todos los meses la luna
decrece y se redondea.
El árbol hoja por hoja
pierde en la estación sañuda:
la tierra triste y viuda
de sus galas se despoja.
Todo esas mil variaciones
sufre de un polo á otro polo:
ya vé usted, un año solo
cuenta sus cuatro estaciones.
¿Y á qué en probar me violento
que todo, tío, varia,
cuando vé usted en un día
calor, frío, lluvia y viento?
Pues si todo á la verdad
cambia aquí, al cambio me ajusto:
ya comprende usted que el gusto
consiste en la variedad.
- MARQ. ¡Oh, digno panegirista
del frivolisimo insensato!
- ENRIQ. Pues haga usted su retrato
mas agradable á la vista.
- MARQ. Basta ya de desvario,
que al venirme, Enrique, á ver,
vengo á cumplir el deber
que me toca como tío.
Por el camino que vas
corres ciego y vas sin tino;

mas sabe que ese camino
no conduce al bien jamás.
Talento rico y profundo
el cielo te dió al nacer;
¿mas qué papel vas á hacer
si sigues asi en el mundo?
El mundo con dignidad
paga á aquel que le complace;
mas desprecia al que no hace
nada por la sociedad.

Quien con tanta variacion
da muestras de su flaqueza,
ese á enajenarse empieza
la pública estimacion.

¡Y aspiras á un porvenir
que solo guarda desprecio!

Enrique, tú no eres necio,
asi no debes seguir.

ENRIQ.

(Impaciente.)

¡Firme, firme; es mucho cuento!

¡siga usted diciendo chistes:
haciendo cuadros tan tristes
está usted en su elemento.

Vamos, y todo ¿por qué?

Nada, por una friolera.

¡Ay, tío, si usted supiera
que aqui donde usted me vé
he logrado al fin fijar
este genio atrabiliario!

MARQ.

(Sorprendido.)

¡Calla... milagro palmario!

¿Quién lo llegó á realizar?

ENRIQ.

Si usted no me va á creer... *(Levantándose.)*

MARQ.

Es que estoy en mi derecho.

Vamos á ver, ¿quién ha hecho
tal milagro?

ENRIQ.

Una mujer.

MARQ.

¡Oiga!

ENRIQ.

Un ángel de bondad,
de virtud y encantos llena.

MARQ.

¿Noble? ¿rica?

ENRIQ.

Y santa y buena.

MARQ. ¡Puede que sea verdad!
-Pero aun no me persuades
de tu conversion por ella.

ENRIQ. ¡Ay, si, tio; si es tan bella...
y luego sus cualidades!...
Enemiga de placeres,
modesta, callada... y ¡pues!...
esto, ya vé usted, no es
muy comun en las mujeres.

MARQ. Con efecto, si es asi...
¡mas tú aqui y ella en Valencia!
mucho temo que la ausencia...

ENRIQ. ¡Quiá, no, tio: si está aqui!

MARQ. Eso me da confianza:
yo averiguaré despues...
¿Qué es en el mundo?

ENRIQ. ¿Qué es?

Condesa de la Esperanza.

MARQ. (*Procurando recordar.*)
Condesa... no la conozco.

ENRIQ. Fácil es de averiguar.

MARQ. Justo: yo me iré á informar
de un rico de allá, de Orozco.
Y si ella al fin de raiz
cura tus necios deslices
y es tan buena como dices,
Enrique, te haré feliz.

ENRIQ. (*Abrazándole.*)
¡Tio!...

MARQ. Vamos, yo te absuelvo
por ahora.

ENRIQ. (*Enternecido.*) ¡Otra merced!
¡Tio, qué bueno es usted!

MARQ. (*Con bondad.*)
Adios, adios; luego vuelvo.
(*Ap. al salir.*)

Operado el cambio está
y en mas razones no insisto:
ya yo lo habia previsto;
no hay duda, se fijará.

ESCENA XIV.

ENRIQUE.

No merezco su cariño;
siempre su enojo provoco:
tiene razon, soy un loco,
pero mas que loco, un niño.
No pararé hasta lograr
que mi conversion le asombre.
(*Con gravedad.*)
Cuando á mi edad llega un hombre,
justo, se debe fijar.

ESCENA VX.

ENRIQUE, *la CONDESA, de calle y alegremente.*

- COND. ¡Enrique!
- ENRIQ. (*Gozoso.*) ¡Amada Condesa!
- COND. (*Dándole la mano.*)
¡Usted aquí! ¡Dios eterno!
Apenas puedo creer
que ante mis ojos le veo.
- ENRIQ. ¿Pues no ha dicho la doncella
que aguardaba á usted inquieto?
- COND. (*Con pasión.*)
Si, si, todo me lo ha dicho:
¡mas si me parece un sueño!
(*Se quita la capota ó mantilla, y la coloca
sobre una silla.*)
¡Usted en Madrid! ¿Qué causa
asi abandonar le ha hecho
la guarnicion?
- ENRIQ. ¡Ay Condesa!..
¿Y usted me pregunta eso?
lejos de usted me aburria;
¿Quién con amor en el pecho
de la mujer que idolatra
vive ausente tanto tiempo?
- COND. ¿Ha pedido usted licencia?

ENRIQ. ¡Licencia!.. quiá, no por cierto,
he dejado lo carrera.

COND. ¡La carrera?

ENRIQ. Si, no quiero
mas cadenas en el mundo
que las de usted.

COND. (*Con ternura.*)

¡Cuánto siento
ese sacrificio!

ENRIQ. ¡Ingrata!

COND. No se enfade usted por ello:
¡Se hallaba usted en Valencia
tan tranquilo y satisfecho!

ENRIQ. Porque estaba usted allí,
Condesa, estaba contento;
mas luego vino el enojo
y no he podido vencerlo.

COND. ¿Y piensa usted que me ha ido
mejor en este destierro?

¡Puede usted creer acaso
que no me he aburrido lejos
de Valencia! ¡Quince días
separada de su cielo!

¡Sin ver letra amiga nunca
que halagase mis recuerdos!

ENRIQ. Habrá usted sido tan buena
que haya pensado un momento
en quien no merece...

COND. (*Con expansion.*)

Enrique...
mas de una vez, lo confieso,
que así mataba el enojo
de mi constante aislamiento.
«Pensará en mí á todas horas»
murmuraba yo, creyendo
que quien ama y está ausente
vive de su pensamiento.

ENRIQ. Pensó usted bien. (*Ap.*) ¡Soy un monstruo!
de escucharla me avergüenzo.

Si, Condesa, ni un instante
se apartó usted...

COND. Bien lo creo,

- que el estar usted presente
me prueba su amor sincero.
- ENRIQ. (Ap.) ¡Vamos, esto me entenece!
Condesa... yo no merezco
que juzgue usted por el suyo,
mi corazón: no pretendo...
- COND. Calle usted... ¿va usted á hacerse
á mis ojos el modesto?
Si bueno no le creyese,
¿cómo le diera mi afecto?
(*Suena la campana.*)

ESCENA XVI.

ENRIQUE, CONDESA, DOÑA JUANA.

- JUANA. La sopa está ya en la mesa.
(*Al verlos.*)
¿No lo dije?.. Yo me alegro
de que ustedes se conozcan;
á todo cuidado he puesto
al lado de la Condesa
(*A Enrique.*)
para usted silla y cubierto.
- ENRIQ. Gracias, doña Juana, gracias,
es usted todo un portento.
(*Ofreciéndola el brazo.*)
Condesa...
- COND. (Ap.) El gozo me ahoga.
- ENRIQ. (Ap.) Vamos, me fijé; esto es hecho.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. ENRIQUE, DOÑA JUANA.

ENRIQ. *(Con un pantalon en la mano.)*
¿Con que en resumidas cuentas
no hay quien me limpie la ropa?
¿No hay quien ayude á vestirme
ni quien cuide de mis botas?
¡Pues estoy fresco!
(Arroja el pantalon en una silla.)

JUANA. Si usted
me hubiera dicho...

ENRIQ. ¡Hola! ¡Hola!
Pues qué, ¿debo darla parte
de cosas que no la importan?
Si he despedido el criado
no es cuenta de usted, patrona;
lo que corresponde á usted
como huéspedela celosa,

es servir bien á las gentes
que en su casa se acomodan.
¡Pues no me faltaba mas!
¿Con que es decir que si ahora
quiero un caldo, tendré yo
que sacarlo de la olla?

JUANA. No digo tal, usted saca
la cuestion de quicio.

ENRIQ. (*Sorprendido.*) ¡Oiga!

JUANA. Y se altera sin motivo
y sin razon se incomoda.
Lo que yo dije y repito,
es que en esta misma hora
no puedo proporcionarle
un camarero.

ENRIQ. ¡Esta es otra!

¿Pues no dijo usted ayer
que los tenia de sobra?

JUANA. Para servir á la mesa,
si, señor; mas de la estofa
del que usted quiere, es decir,
un lacayo que responda
siempre á su voz, que no sirva
sino á su sola persona,
de esos no tengo: no estan
los tiempos para esas drogas;
quien quiere ayuda de cámara
ese consulta su bolsa;
si lo pide, lo buscamos
y al fin se le proporciona,
que á fé que sobrados andan,
y en verdad que hartos me acosan.

ENRIQ. ¡Vamos, habrá usted creído
que con toda su retórica
me ha dejado satisfecho
y me ha cerrado la boca!
Pues no hay tal; esas razones,
al parecer poderosas,
ni resuelven la cuestion
ni su importancia aminoran.
Yo necesito vestirme, (*Con calor.*)
yo necesito quien corra

con mis trajes.

JUANA. (*Remedándole.*) Lo comprendo,
y haré diligencia.

ENRIQ. (*Impaciente.*) ¡Toma!...
¡Si no es eso!... ¡Si es que quiero
salir ahora mismo, y toda
la ropa está sin limpiar!

JUANA. (*Incomodada.*)
¿Si querrá usted que me ponga
á limpiársela yo?

ENRIQ. Vamos,
¿y por qué no?

JUANA. (*Asombrada.*) ¡Santa Rosa!

ENRIQ. ¿No es ese el deber de usted?
Pues el deber no deshonra.

JUANA. ¿Qué deber ni qué ocho cuartos?
Yo soy toda una señora,
¿está usted?

ENRIQ. Por muchos años;
pero don Pedro Ortigosa,
que en mal hora aquí me traje...

JUANA. Lo mismo digo, en mal hora.

ENRIQ. Me dijo que era usted dueña
de este escrúpulo de fonda.

JUANA. Bien, ¡y qué!

ENRIQ. Y en todas partes
donde pupilos se alojan,
cuando faltan los criados
sirven las mismas señoras.
¿Está usted?

JUANA. Pues, don Enrique,
yo hago lo que se me antoja
en mi casa.

ENRIQ. Y yo también.

JUANA. Y á mí nadie me abochorna;
yo no limpio pantalones
ni sé andar en tales cosas.
Si usted despidió el criado,
no es justo que ahora me imponga
la obligacion de servirle,
¿estamos? Lo que me toca
es buscar uno, y lo haré.

ENRIQ. ¡Pues!... ¿y me hará la forzosa
de que en casa permanezca!
mientras un prójimo asoma
que quiera servirme?

JUANA. Cierto,
lo que es yo...

ENRIQ. (*Ap. irritado.*) ¡Maldita cócora!
y si en un mes no hay criado,
¿quieto aquí? ¡Vaya una broma!
Corriente, sé lo que hacer.
Vaya usted con Dios.

JUANA. (*Saliendo.*) ¡Qué mosca!
¡Vaya un hombre impertinente!

ENRIQ. Llévete el diablo por momia.

ESCENA II.

ENRIQUE *solo, contemplando el desorden de su ropa.*

¡Pues estoy habilitado
con toda mi ropa en medio!
Está visto, no hay remedio,
tengo que tomar estado.
¿Quién es capaz de aguantar
este eterno abrasadero?
¡Ay! la vida de soltero
no se puede tolerar.
¡Y digo, en este rincón
siempre tranquilo y en calma,
por donde no pasa un alma
á quien dar conversacion!
En el cuartel menos mal,
que á todas horas del día
tiene un hombre compañía;
pero ¡aquí! ¡si esto es fatal!
(*Pausa.*)

Vamos á ver... ¿y qué haré
mientras vuelve la Condesa?
¡Libros hay en esta mesa!
me alegro mucho, leeré.
(*Se sienta y hojea un libro.*)
¡No hay cosa mas deliciosa

que un libro!... ¡Divierte tanto!...

Mas ¡qué diablos! si me espanto
de leer libros en prosa.

(Lo tira y coge otro.)

Su lectura causa grima

y da sudores de muerte.

¡Oh!... lo que mas me divierte

es la igualdad de la rima.

¡Este estilo puro y terso!

¡El consonante obligado!..

Pero si estoy tan cansado

de leer libros en verso!.. *(Levantándose.)*

¡Qué autores!.. Vamos, es cosa

de no poderlos sufrir.

¡Que no sepan escribir

si no escriben verso ó prosa!

(Pausa.)

Pues, señor, no sé qué hacer.

Aunque al caso el gesto tuerza,

debo vestirme, ello es fuerza;

tengo un amigo que ver.

¡Mi amigo Luis de Mendoza,

que de verme tendrá gana!

Ahora caigo en que su hermana

debe de estar buena moza.

Si, señor, alta y bonita,

hecha toda una mujer:

¡qué diablos! la debo hacer

ahora mismo una visita.

El pantalon está bien:

¡ea pues! fuera la bata:

puede pasar la corbata

y este chaleco tambien.

(Se lo pone.)

¡Un fraque!... ¡Estoy aviado!

Ajá... ¡Voy bien? ¡ya lo creo!

(Arregla el sombrero y empieza á ponerse los guantes.)

Pues señor, por lo que veo,

no necesito criado.

ESCENA III.

D. ENRIQUE, DOÑA JUANA.

- ENRIQ. Vamos, ya se arregló todo:
abajo ha venido un hombre
que no me ha dicho su nombre,
en busca de un acomodo.
- ENRIQ. ¿Si? ¡pues está divertido!
¡Ha llegado á buena hora!
- JUANA. (*Con calma.*)
¿Sube?
- ENRIQ. (*Impaciente.*) ¿Y para qué, señora?
¿No ve usted quo estoy vestido?
- JUANA. Bien, entonces le diré
que se marche.
- ENRIQ. (*Impaciente.*) ¡Otra te pego!
- JUANA. ¿Tampoco? (*Ap.*) ¡Pierdo el sosiego!
¿Pues qué razon le daré?
- ENRIQ. (*Secamente.*)
La que usted quiera.
- JUANA. (*Incomodada.*) Y á mí,
¿qué me da que no se quede?
- ENRIQ. Pues dígale usted que puede
subir á esperarme aqui.
Ahora no le puedo ver;
(*Le vuelve la espalda.*)
dé usted de ello testimonio.
Abur.
- JUANA. (*Ap.*) ¡Jesus, que demonio!
- ENRIQ. (*Ap.*) Me revienta esta mujer.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA.

¡Vaya un genio estrafalario!
¡Y parecia una malva!
Todos son así al principio,
pero luego se desatan
y no hay quien pueda sufrir

sus necias extravagancias.
¡Es mucho!.. ¡oh!.. pero este
ya se pasa de la raya;
tan caprichoso y tan... ¡vamos!
no parará mucho en casa.
¡Hola!.. aquí está Clotildita.

ESCENA V.

DOÑA JUANA, CLOTILDE.

CLOT. Buenos días, doña Juana.

JUANA. Felices: dígame usted,
¿no sabe usted lo que pasa?

CLOT. Yo no; ¿qué ocurre?

JUANA. ¡Friolera!

Que ese señor tarambana
que vino ayer tarde... pues,
el amigo de su ama.

CLOT. ¡Ah! sí, don Enrique.

JUANA. El mismo:

ha tenido la arrogancia
de darme sus pantalones
para que los limpie.

CLOT. (*Sorprendida.*)

¡Calla!

¿pues y el criado?

JUANA. Parece

que ayer tuvo unas palabras
con él...

CLOT. ¿Y lo ha despedido?

JUANA. Cabal.

CLOT. (*Afligida.*)

Me lo sospechaba.

JUANA. Yo no.

CLOT. Por eso, sin duda,

por eso, sí, cosa es clara,
no he vuelto á verle.

JUANA. Ni yo.

CLOT. (*Con enojo.*)

Vamos á ver, ¿y qué causa
ha tenido para echarle?
algun quítame esas pajas,

y nada mas. ¡Si los amos
tienen cosas tan extrañas!
Estan llenos de defectos
y no sufren una falta
de los criados. ¡Es mucho!
¡echarle de aqui! ¡Caramba!

JUANA. ¡Eh!.. ¿qué importa? acaso el chico,
que parece ser albaja,
encuentre otra casa pronto.

CLOT. ¡Otra!.. ¡A mí me acomodaba
que estuviera en esta!

JUANA. ¡Ya!..

pero al fin quien manda manda.

CLOT. ¡Oh! pues por mucho que busque,
no hallará de su calaña
muchos criados. ¡Tan fiell!..

¡mas alegre que unas pascuas!

¡Tan servicial!.. ¡tan activo!

¡Y tan limpio como el agua!

JUANA. ¿Con que usted le conocia?

CLOT. Yo no.

JUANA. ¡Como asi lo alaba!

CLOT. Lo alabo... porque esas cosas
se conocen en la cara.

JUANA. (Ap.) ¡Vaya si es conocimiento
el que tiene esta muchacha!

Pues ya no tiene remedio.

CLOT. (Ap.) ¡Y yo que ya le contaba
como mio!., (Con enojo.) Y don Enrique,
ese señor sin entrañas,
será muy capaz de estarse
sin criado una semana.

JUANA. ¿Quién sabe? pero es lo cierto
que en el comedor aguarda
un nuevo solicitante
que quiere ocupar la plaza.

CLOT. (Respirando.)

¡Menos mal! ¿Y qué tal es?

JUANA. ¡Qué tal es!.. ¿De qué?

CLOT. (Impaciente.) De facha.

JUANA. ¡No parece mal sujeto!
quiero decir, ¡pues! su planta,

su aspecto, el aire, el empaque...
¡oh! la presencia no es mala.

CLOT. (*Alegremente.*)
Debe ser bueno.

JUANA. No obstante,
las apariencias engañan,
y á veces se oculta el malo
bajo una forma bizarra.

CLOT. (*Con presteza.*)
¡Oh! no señora, las señas
que usted ha dado, me bastan
para formar mi juicio.
Ademas, me dice el alma
que ese jóven, es un jóven
de cualidades muy altas.

JUANA. (*Ap.*) ¡Cuando digo que esta chica
tiene unas cosas muy raras!
Vaya pues, le haré subir
á que espere en esta sala;
que esto mandó don Enrique,
que de salir ahora acaba.

CLOT. Bien, corra usted. (*Empujándola.*)

JUANA. (*Con extrañeza.*) Voy al punto.
(*Ap.*) ¡Qué impaciente!

CLOT. (*Ap. viéndola salir.*) ¡Qué cachaza!

ESCENA VI.

CLOTILDE, *despechada.*

¡No puede fiarse una
en este mundo de nada!
Cuando yo me prometia
un novio como una plata,
viene el amo de mal temple
y en la calle me lo planta.
¡No volveré yo á fundar
en el aire mi esperanza!
(*Pensativa.*) ¡Si al menos el pretendiente
(*Se mira al espejo.*)
se prendase de mis gracias!

Porque al fin, no soy muy fea,
 todo el mundo lo declara.
 ¡Oh!.. veamos de arreglarnos
 para empeñar la batalla.
 ¡Cualquiera al verme diría
 que soy coquetuela y vana!
 Pues no es eso: es que esto y mas
 en estos tiempos que pasan,
 tiene una mujer que hacer
 por dar á un marido caza.

ESCENA VII.

CLOTILDE, la CONDESA, por el fondo.

COND. (*Con alegría.*) Clotilde, ¡qué feliz soy!

CLOT. Bien lo revela su cara.

COND. La fortuna me depara
 todas las venturas hoy.

CLOT. ¿Ganó el pleito?

COND. La sentencia
 traigo aquí: sí, lo he ganado.

CLOT. Me alegro... Dios sea loado,
 (*Con pena.*) mas... ¿se va usted á Valencia?

COND. No, me quedo á mi pesar,
 que su recuerdo me exalta;
 pero, ya ves, aun me falta
 otro pleito que ganar.

CLOT. ¿Otro? ¡Ya caigo!.. el de amor;
 mas ese no está perdido,
 que á transigirlo ha venido
 el amante pleiteador.

COND. ¡Maliciosa!.. (*Con satisfaccion.*)

CLOT. (*Alegre.*) ¡Fuera pena!

COND. Ya sin temores respiro.

CLOT. ¡Gracias á Dios que la miro,
 tranquila, alegre y serena.

COND. (*Con pasion.*) Tranquila y serena, sí;
 dichosa, Clotilde mía:

tú no sabes la alegría
 que tuve al mirarle aquí.

CLOT. ¿Dudaba usted de su amor?

- COND. ¡Siempre duda la que ama!
Ademas tiene una fama
que le da muy poco honor.
- CLOT. ¿Cómo?
- COND. Dicen que es ligero,
que es frágil, que es veleidoso.
- CLOT. (*Con enojo.*) ¡Chismes de algun envidioso
ó del mundo novelero.
- COND. Pero que quitan la calma
y dan pena al corazon;
porque tales chismes son
despertadores del alma.
- CLOT. ¿Y usted los creyó?
- COND. Yo si;
ya se vé, no me escribia,
y, es natural, presumia
que se olvidaba de mi.
¿Quién en su amante egoismo
no da á la sospecha centro?
- CLOT. Teniendo la espina dentro
yo hubiera sido lo mismo.
- COND. ¿No es verdad?
- CLOT. Mucha verdad.
- COND. Mas tregua di á mis enojos,
cuando ayer vieron mis ojos
desnuda la realidad.
¿Cómo tachar de ligera
y de frívola su accion?
¿Puede un hombre sin pasion
abandonar su carrera?
¿Qué dudas puede ofrecer
quien asi su honor vindica,
quien todo lo sacrifica
al amor de una mujer?
- CLOT. ¡Pues es claro! ¿Y en la mesa,
cómo el silencio explicó?
- COND. Dijo que no me escribió
por causarme esta sorpresa.
- CLOT. Cosa que es muy natural.
- COND. Pues ya se ve. (*Ingenuamente.*)
- CLOT. Y bien, señora,
¿qué hace usted ahora?

- COND. (*Sonriendo.*) ¿Ahora?
¡qué pregunta original!
¿Qué he de hacer?
- CLOT. Casarse, á fé.
- COND. A eso no sé qué replique;
deja que hable don Enrique,
y entonces contestaré.
- CLOT. No se hará mucho esperar,
porque impaciente le creo.
- COND. ¡Clotilde!...
- CLOT. Vamos, ya veo
que usted no se hará rogar.
- COND. ¿Por qué ocultártelo? No;
fuera necio resistir.
¿Cómo hiciera yo sufrir
á quien tal prueba me dió?
Fuera por demas cruel,
y en mí la crueldad no cabe:
¿por qué negarlo á quien sabe
que estoy muriendo por él?
(*Con ingénua ternura.*)
Mira, por la nueva herencia
que hoy gano y me hace dichosa,
logro una quinta preciosa
en las playas de Valencia.
Lleno de palmas y flores
desde ella el campo se ve,
y blandas besan su pie
las ondas de cien colores.
A tan grata soledad
llegan en dulce murmullo,
ya de la mar el arrullo,
ya el eco de la ciudad.
Tan florido y rico Eden
que promete inmensos goces,
¿no está convidando á voces
á dos que se quieren bien?
Pues desde que ayer creí
en su amor y su constancia,
mira, Clotilde, esa estancia
no se ha apartado de mí.
- CLOT. Ya comprendo: en tal vergel

querrá vivir dulcemente:
es un sitio conveniente
para la luna de miel.

COND. Voy á mandarla adornar
como cumple á mi deseo.
¡Ay, cuántas dichas preveo
á las orillas del mar!
(*Entra en su habitacion.*)

ESCENA VIII.

CLOTILDE *sola.*

Al oír una estas cosas
la boca se la hace agua:
(*Con pena.*)
mas la que no tiene novio
y menos que novio, casa,
¿qué ha de hacer? ¡tener paciencia!
Con ella el cielo se gana.
(*Vá á salir por el fondo y aparece Calisto
en traje decente, con patillas y pelo rizado.*)

ESCENA IX.

CLOTILDE, CALISTO.

CALISTO. (*Al verla.*) ¡Oh!.. (*Saludando atentamente.*)

CLOT. (*Asustada.*) ¡Dios mio!

CALISTO. (*Adelantándose.*) ¡Señorita!

CLOT. ¡Jesus... me ha asustado usted!

CALISTO. (*Acelerado.*)

Si va usted á desmayarse,
puede dejarse caer
sin miedo alguno en mis brazos,
que soy un hombre de bien.
¡Con franqueza!...

CLOT. (*Retrocediendo.*) Muchas gracias,
no hace falta la merced:
no fué nada.

CALISTO. (*Ap.*) ¡Ay, qué bonita!
¡me enloquece esta mujer!

¡Cuánto siento haber entrado
con tan malísimo pie!

Quien miedo al entrar inspira,
¿qué podrá inspirar despues?

CLOT. (Ap.) ¿Dónde he visto yo esta cara?

CALISTO. (Ap.) ¿Si me querrá conocer?

Señorita, si incomodo,
en el momento saldré

á esperar á don Enrique
de esa cámara al dintel.

CLOT. Quiá, no, señor. (Ap.) ¡Si es el otro!...

¡Caramba, qué guapo es!...

CALISTO. Como está tan distraida...

Si estorbo...

CLOT. (Risueña.) No, no.

CALISTO. Me iré.

CLOT. No, señor... si es que pensaba

que he visto á usted otra vez,

y mientras mas lo recuerdo

en dónde ha sido no sé.

CALISTO. (Fingiendo sorpresa.)

¡Calle! pues ahora reparo...

¡yo la he visto á usted tambien!

A ver, á ver si acertamos

en donde ha podido ser.

(Pausa, durante la cual se miran.)

CLOT. ¿Baja usted á Recoletos

los domingos.)

CALISTO. (Ap.) ¡La clavé!

no me conoce.—¿A los bailes

de la Camelia?

CLOT. Pardiez.

CALISTO. (Moviendo la cabeza.)

No, no.

CLOT. Quizá en Capellanes

ó en Chamberí...

CALISTO. (Desconcertado ap.)

¡San Manuel!

¡Qué reuniones mas brillantes

frecuenta esta niña!.. A ver,

descubramos horizontes

no caigamos en la red.

- (Alto.) En Capellanes... tampoco.
CLOT. (Vivamente.)
Entonces ya lo acerté;
le he visto á usted hace tiempo
en la calle del Clavel.
- CALISTO. (Riendo maliciosamente.)
Si, recuerdo... en una casa...
- CLOT. En la casa del Marqués.
- CALISTO. Justo, el Marqués...
- CLOT. Y recuerdo
que era usted amigo fiel
de aquel ingrato Domingo...
- CALISTO. Si, de aquel Domingo...
- CLOT. ¡Pues!..
que despreció mi cariño
por un enredo soez.
- CALISTO. ¡Ya!.. si... dijeron:.. (Con satisfaccion.)
- CLOT. (Picada.) ¡Friolera!
que yo hablaba con Miguel...
(Sonriendo.)
¡Verdad es que me gustaba
un poquillo!.. Mas...
- CALISTO. (Con curiosidad.) ¿Si, eh?
- CLOT. (Con calor.)
Pero señor, es delito
¿Qué hable á un hombre una mujer?
- CALISTO. ¿Qué ha de ser delito eso?
¡hablar á un hombre! ¡ni á tres!
¡Si es eso ya en las mujeres
lo mismo que el A. B. C.!
(Como asaltado de una idea.)
No recuerda usted que entonces...
(Ap.) sigamos el entremes;
¿No recuerda usted, Clotilde,
que yo tambien la adoré?
- CLOT. (Reparando.)
¿Usted?
- CALISTO. ¡Pues sí por su cara
de jazmin y rosicler
era yo como la mosca
que vuela en torno á la miel!
- CLOT. (Fingiéndose acordarse.)

Ahora caigo... si... (*Ap.*) mentira,
que no acabo de caer.
¡Cómo han sido tantos!

CALISTO. ¡Vaya!

CLOT. ¿Con que es usted?... Ya se vé,
¡ha pasado tanto tiempo!..

CALISTO. Pues me puede usted creer;
ni un momento desde entonces
dejé de guardarla fé.

CLOT. ¿De veras? Esa constancia
es cosa de agradecer.

CALISTO. (*Queriendo abrazarla.*)
¡Clotilde!

CLOT. ¡Chis! gente viene,
ya nos veremos despues.

CALISTO. Pues hasta luego.

CLOT. Hasta luego.

CALISTO. (*Ap.*) ¡Me he salvado!

CLOT. (*Entrando en la habitacion de su ama.*)
(*Ap.*) Lo cazé.

ESCENA X.

CALISTO.

¡Pues digo á usted que es historia
la que he llegado á saber!
¡Cielos! Sin estas patillas,
obra de Mr. Douguet,
¡caigo en manos de esa Armida
de manton y guardapiés!...
Mas aqui está don Enrique;
mucho aplomo, y me salvé.

ESCENA XI.

DON ENRIQUE *distraido*, CALISTO *haciendo cortesias*.

ENRIQ. ¡Ay qué rostro!... ¡qué color!
¡qué talle!... vengo hechizado:

¡ahora si que me he fijado!

CALISTO. Servidor.

ENRIQ. (*Volviéndose.*) ¿Eh?

Servidor.

ENRIQ. ¡Calla!...

CALISTO. Soy el pretendiente...

ENRIQ. Ya caigo... (*Ap.*) ¡Cosa mas rara!
¿dónde he visto yo esta cara
de tuno, tan elocuente?

CALISTO. Me mandó usted esperar,
y su mandato he cumplido.

ENRIQ. Y bien ¿á quién has servido
antes que á mí?

CALISTO. (*Con aplomo.*) A un militar.

ENRIQ. ¿No te iba bien?..

CALISTO. A mí si.

ENRIQ. Pues entonces, ¿qué ha pasado
que su servicio has dejado?

CALISTO. (*Con intencion.*) Es él quien me deja á mí.

ENRIQ. ¡Ah! vamos, algun capricho.

CALISTO. Eso... un capricho de pronto...

ENRIQ. ¡Qué diablos!.. ¡Pues eso es tonto!

CALISTO. (*Esforzándolo.*) Si señor, usted lo ha dicho.

ENRIQ. (*Ap. mirándole.*) ¡Esta voz!.. Vamos júrara
que la conozco... y no sé...
(*Alto.*) pero el capricho, ¿qué fué?

CALISTO. ¡Que se cansó de mi cara,
ya vé usted!

ENRIQ. (*Acercándose presurosamente.*)
¡Por belcebú!..

Vamos... no hubiera previsto...

(*Riendo.*) ¿Con que eres tú?

CALISTO. (*Fingiendo temor.*) Yo, Calisto,
si señor.

ENRIQ. (*Riendo.*) ¿Con que eres tú?

CALISTO. El mismo soy, si señor;
yo, que al verme abandonado
este recurso he tocado
para captarme su amor.

ENRIQ. (*Con satisfaccion.*)
Pues escucha, aunque me humillas
con esta leccion, soy justo;

Calisto, estás á mi gusto,
te sientan bien las patillas.

CALISTO. ¿Le gusto á usted?.. ¡Oh sorpresa!
Luego...

(*Esperando una palabra de su amo.*)

ENRIQ. Que obré mal confieso.

CALISTO. (*Dejando el sombrero con presteza.*)

Entonces no hablemos de eso...

y hablemos de la Coudesa.

ENRIQ. ¡Oh!.. no, calla, por favor.

CALISTO. Permita usted que me asombre;

¿tanto le afecta este nombre,

ó es que le cansa su amor?

ENRIQ. ¿Qué amor, hombre? no seas necio.

CALISTO. Yo á sus extremos me ciño.

ENRIQ. (*Con gravedad.*) Una cosa es el cariño
y otra cosa es el aprecio.

Fuera mentir por demas

decir que la tengo en poco;

¡pero amarla!.. no seas loco,

no la he querido jamás.

CALISTO. (*Asombrado.*) ¡Oiga!.. pues ¿y la pasion
que usted tanto encarecia?

ENRIQ. (*Bajando la voz y con entusiasmo.*)

Calisto, créeme, hasta el dia

no ha amado mi corazon.

Esa llama abrasadora

que de amor el pecho inflama,

te lo juro, es una llama

que no he sentido hasta ahora.

CALISTO. Vamos, eso da á entender
que otra mujer lo ha hechizado.

ENRIQ. Calisto, lo has acertado;
pero esta si que es mujer.

Encantadora, divina,

con una cara y un talle...

la tropecé en una calle

al revolver de una esquina.

Y efecto tan soberano

su vista produjo en mí,

que al pronto no conocí...

¿á quién dirás? A su hermano.

Mi amigo Luis de Mendoza,
mi amigo de la niñez,
que dice que ha sido juez
en Jaca y en Zaragoza.
Él, así de que me vió,
soltó de su hermana el brazo,
y con un estrecho abrazo
de mi asombro me sacó.
Nunca tuve igual placer;
¡casualidad mas dichosa!
pero Calisto, ¡qué hermosa
es su hermana!.. ¡Ay que mujer!
¡Qué manera de mirar!
qué boca, qué labios rojos!..
vamos, no he tenido ojos
bastantes para admirar.
¡Con cuánta coqueteria
al verme se sonrió,
y cómo me demostró
su instantánea simpatía!
Puedo apostar... y no pierdo,
al ver su afán y mi afán,
que nuestras almas están
en perfectísimo acuerdo.

CALISTO. ¡Es posible!

ENRIQ. No te espante,
esas son habas contadas;
almas para amar creadas
se comprenden al instante.
Oh... me muero de alegría,
Calisto, al considerar
que al campo voy á pasar
un mes en su compañía.

CALISTO. ¿Al campo? *(Cada vez mas aturdido.)*

ENRIQ. ¡No te he contado?

¡Pues si falta lo mejor!
Su hermano es gran cazador;
¡mucho!... muy aficionado.
Tiene una quinta hechicera
yo no sé dónde: ello es
que allá se van por un mes
á pasar la primavera.

Él me invitó... ¡me escusé!...
mas ella, á lo que colijo,
con sus miradas me dijo:
«Véngase usted...» y acepté.
Y pues dicha tan completa
hoÿ me prepara el destino,
vengo corriendo y sin tino
á disponer la maleta.

CALISTO. Pero, señor... (Ap.) ¡Oh, poder
de las dulces simpatias!

ENRIQ. (Entusiasmado.)
¡Treinta dias! ¡Treinta dias
al lado de esa mujer!
(Con deleite.)
¡Poder hablarla de amores
donde amor todo respira!
¡alli, donde el aura gira
acariciando las flores!
¡En la dulce soledad
del campo que á amar convida!
¡Oh!... no he soñado en mi vida
con tanta felicidad.

CALISTO. (Asombrado.)
Vamos, al ver el fervor
con que tales goces pinta,
presumo que en esa quinta
va usted á hacerse pastor.

ENRIQ. ¿Y qué de extraño tuviera
que con zurrón y cayado
llevase yo mi ganado
á pastar á una pradera?
¿Fuera tan necio elegir
vida mas encantadora?
¡Ya que ves salir la aurora!
¡ya que ves el sol morir!...
¡Oh! si pagando mi amor
ella fija mi destino,
dejo por ser campesino
este mundo engañoso.

CALISTO. Vamos .. señor, yo me rio...

ENRIQ. Con que dispon la maleta,
mientras dejo una tarjeta

en la casa de mi tío.

CALISTO. ¡La Condesa!... (*Viendo abrir la puerta.*)

ENRIQ. (*Aturdido.*) Echa á correr:

(*Ap.*) ¿Cómo salgo de este apuro?

CALISTO. (*Ap.*) ¡Vaya un trueno!... me figuro que será cosa de ver.

(*Váse por el fondo.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE, la CONDESA, *satisfecha.*

COND. Pues escribí mi correo, disponer puedo de mí. (*Viendo á Enrique.*)
¡Enrique, usted por aquí!
¡Gracias á Dios que le veo!

ENRIQ. (*Desconcertado.*)

Condesa...

COND. (*Con ternura.*) ¡A pensar llegué que hoy quizá no le vería!
(*Con fingido enojo.*)

Reñir por ello queria;

pero al fin ya no hay por qué,

ENRIQ. (*Ap.*) ¡Válgame el Dios de bondad!
¡mi situacion se empeora!

COND. (*Riendo.*)

¿Se levanta usted ahora?

¡madruga usted en verdad!

ENRIQ. No, Condesa. (*Ap.*) ¡Qué agonias!
(*Haciendo por sonreir.*)

¡Si ya todo lo he corrido!

COND. (*Quejosa.*)

¡Y usted salir ha podido sin darme los buenos dias!

ENRIQ. Condesa...

COND. (*Resentida.*) ¡Poca merced hace á su amor tal salida!

ENRIQ. Es que... el caso...

COND. (*Con extrañeza.*) Por mi vida, no sé qué noto en usted.

(*Riendo.*)

- ¡Está usted como turbado!
- ENRIQ. Es que... no sé cómo explique...
- COND. (*Alarmada.*)
Explicar... Dios mio, Enrique,
á usted algo le ha pasado.
- ENRIQ. Pues bien, soy franco, Condesa,
es que... vamos, no lo digo.
- COND. ¡Enrique!... (*Asustada.*)
- ENRIQ. El cielo es testigo
de que el callarlo me pesa.
- COND. ¿Conmigo tal proceder?
(*Con pena.*)
¡mucho me extraña!...
- ENRIQ. Señora...
(*Ap.*) ¿Cómo la digo yo ahora
que idolatro á otra mujer?
- COND. (*Con ansiedad.*)
¡Por Dios!
- ENRIQ. No, no ; fuera un loco,
y á decirlo no me atrevo.
(*Ap.*) La verdad es que yo debo
prepararla poco á poco.
Perdone usted... (*Retirándose.*)
- COND. (*Yendo hácia él.*) Mi ansiedad
¿nada para usted sepone?
- ENRIQ. Condesa... usted me perdone,
pronto sabrá la verdad.

ESCENA XIII.

LA CONDESA *asombrada y casi llorosa.*

¡Y me deja en tal estado!
¡Huye, y se aleja de mí!
¿para proceder así,
Dios mio, qué habrá pasado?
(*Pausa.*)
¿Tendrá celos?... ¿podrá ser!...
¿Pero de quién?... ¡imposible!...
¡Ay!... esta duda es horrible,
y no sé qué debo hacer.

(Asaltada de una idea.)

¿Será que ya no me ama?
acaso su veleidad...

(Rechazándola.)

¡Oh!... no puede ser verdad
lo que dice de él la fama.

No quiero creerlo, no;
¡por mí dejó su carrera!...
no, no es eso: injusto fuera
presumir tal cosa yo.

El es noble, amante, fiel,
francó, leal, caballero...

(Con dignidad.)

De mi dudara primero
antes que dudar de él.

(Afligida.)

Mas tan súbito desvio
es horrible á la verdad:
¡Ay!... de tan negra ansiedad
sácame pronto, Dios mio.

ESCENA XIV.

LA CONDESA, *el* MARQUÉS.

MARQ. Perdone usted si me atrevo
á molestarla, señora.

COND. ¿Qué tiene usted que mandar?

MARQ. Si usted á mal no lo toma,
quisiera que me dijese
la habitacion en que mora
la bellísima Condesa
de la Esperanza; me importa
verla al punto, y no conozco
la estancia donde se aloja.

COND. Si eso es todo, caballero,
cuanto saber ambiciona...

MARQ. *(Inclinándose.)*

No mas...

COND. *(Señalando su habitacion.)*

Pues su estancia es esa.

MARQ. *(Dirigiéndose á ella.)*

- Mil gracias.
COND. (*Deteniéndole.*)
Falta otra cosa.
- MARQ. ¿Eh?
COND. La Condesa que busca
habla con usted ahora.
- MARQ. ¡Ah! Condesa, mil perdones,
quien á ciegas interroga...
- COND. No importa: ¿puedo saber
á quién tengo la alta honra
de recibir?
- MARQ. Soy, Condesa,
el Marqués de Casanova.
- COND. (*Con ingenuidad.*)
¡El tío de don Enrique!
- MARQ. Cabal; él me proporciona
la ventura de admirar
las gracias que á usted adornan.
- COND. (*Inclinándose con rubor.*)
¡Oh! Marqués...
- MARQ. Si un solo instante
usted de audiencia me otorga,
decirla podré la causa
que mi visita ocasiona.
- COND. Si en algo puedo servirle,
Marqués, seré venturosa.
(*Le ofrece asiento.*)
Hable usted. (*Ap.*) ¿Qué será esto?
- MARQ. (*Ap.*) ¡Vaya si es linda persona!
(*Se sientan.*)
No queriendo importunarla,
mi mision será muy corta.
Mi sobrino don Enrique
me ha dicho que á usted adora,
y que tiene la fortuna
de que usted le corresponda.
- COND. (*Sorprendida.*)
¡Oh! ¡Dios mio!...
- MARQ. Ese rubor
que á sus mejillas asoma,
me está diciendo que Enrique
no me ha forjado una historia.

Si es así, noble Condesa,
vengo á terminar la obra,
pidiéndola á usted su mano
para Enrique en toda forma.

COND. (Ap.) ¡Este era todo el secreto!

MARQ. Si digno de tanta gloria
le cree usted, iré á anunciarle
la ventura que ambiciona.

COND. Señor Marqués, seré franca
(Con ingenuidad.)
por mas que me juzgue loca,
que á veces nuestra franqueza
por ligereza se toma.

Desde que vi á don Enrique,
desde que oí de su boca
la expresion de ese cariño
que en su corazon rebosa,
en unir mi nombre al suyo
fundé mi esperanza toda.
Pienso que es noble y honrado,
pienso que me hará dichosa;
si esto basta á contestarle
todo lo demas me sobra.

MARQ. ¡Oh, Condesa! tal franqueza
de un alma cándida es propia;
por ella mi admiracion
hácia usted crece y se dobla.

COND. Sin embargo, usted dispense
que algunas dudas exponga
sobre el carácter de Enrique,
que de mala fama goza.

MARQ. ¿Dudas?

COND. Dicen que es ligero,
frívolo; que á todas horas
se muda de pensamiento
como se muda de ropa.

Y si son ciertos, Marqués,
defectos de tanta monta,
amargar podrá con ellos
la ventura de una esposa.

MARQ. ¡Oh! tranquilícese usted:
los defectos que menciona,

son productos de la edad,
propios de la gente moza.
Defectos que fácilmente
borrar las mujeres logran,
cuando, como usted, son bellas
y como usted impresionan.

COND. ¡Marqués!... (*Levantándose.*)

MARQ. Señalar quisiera

el plazo para la boda;
mas esto es cosa de Enrique,
cuya elocuencia notoria
logrará que usted abrevie
dicha que tanto ambiciona!

COND. ¡Oh!... no mas... (*Queriendo retirarse.*)

MARQ. Con que le digo...

COND. (*Con rubor.*)

Que soy suya.

MARQ. (*Ap.*) ¡Es deliciosa!

COND. ¡Adios!...

MARQ. (*Con entusiasmo.*) ¡Adios... sobrinita!

COND. (*Ap.*) ¡Oh!... la ventura me ahoga.

ESCENA XV.

El MARQUES, despues de un momento.

¡Cierto, que es bocado rico
la Condesa! ¡Es como el oro!

¡Dónde encontró tal tesoro
ese demonio de chico?

¡Tiene talento y es bella!

¡No es mucho haberle fijado!

(*Suspirando.*)

¡Ay! ¡Si yo hubiera encontrado
una mujer como ella!...

Vamos, pues, á preparar
el lance á la vicaria,

no sea que otra mania
venga el asunto á embrollar.

(*Al salir se tropieza con Enrique.*)

ESCENA XIV.

ENRIQUE, *el* MARQUES.

- ENRIQ. ¡Hola, tío!... ¿Usted aquí?
- MARQ. ¡A buen tiempo!
- ENRIQ. ¡Estuve en casa!
- MARQ. ¡Vaya, alégrate!
- ENRIQ. (*Sin acordarse.*) ¿Qué pasa?
- MARQ. Ya tu dicha conseguí.
- ENRIQ. ¿Cómo? (*Con extrañeza.*)
- MARQ. A la Condesa hablé.
- ENRIQ. (*Aturdido.*)
¡Cielos!...
- MARQ. Arreglé la cosa.
- ENRIQ. Pero...
- MARQ. Se juzga dichosa
en consagrarte su fé.
- ENRIQ. ¡Tío!... (*Turbado.*)
- MARQ. Te asombra, en verdad,
mi diligencia, ¿no es eso?
Para estas cosas confieso
que es mucha mi actividad.
Con que deja á mi cuidado
las restantes chucherías,
y haré por que en cuatro dias
estés, sobrino, casado.
- ENRIQ. ¡Casado!... ¿Cómo!... ¿qué escucho?
(*Con calor.*)
¡Eso es mucho apresurarse!
- MARQ. (*Con extrañeza.*)
¿Qué dices?
- ENRIQ. Tío, el casarse
merece pensarse mucho.
- MARQ. (*Pasmado.*)
¡Oiga!
- ENRIQ. En asunto tan serio
la reflexion nunca sobra,
que, al fin, un enlace es obra
de muchísimo misterio.
Tal vez con negro interés

nos mete prisa el demonio;
y... ¡vaya! ¡si el matrimonio
durase tan solo un mes!
Pero espanta, á la verdad,
y es una idaa horrorosa,
saber, tio, que esa cosa
dura hasta la eternidad.

MARQ.

(*Indignado.*)

¿Ahora me vienes con esa?

¡Por vida de Belcebú!...

No tienes la culpa tú,
sino yo. ¡Pobre Condesa!

ENRIQ.

¡Oh... si no la quiero mal!...

al contrario; pero, tio,

si me horripilo de frio

al pensar en cosa tal!

¿No alcanza usted á entrever

lo que pasará un casado

teniendo perenne al lado

siempre la misma mujer?

MARQ.

(*Con calor creciente.*)

¿Y es tiempo de reflexiones

cuando ya ligado estás,

cuando á lograr feliz vas

tus amantes ilusiones?

¿Qué te asusta? ¿Qué te altera

que asi te revuelve el seso?

¿Es que te espanta el exceso

de la dicha que te espera?

¿Qué otra cosa podrá ser!

¿Aversion al himeneo?

Imposible, no lo creo

ni lo pudiera creer.

¿Quién teniendo corazon,

virtud, honor y talento,

retrocede en el momento

que ha de consagrar su union?

¿Es cosa para temblar

en quien blasona de honrado,

jurar al objeto amado

su cariño ante el altar?

¿Es cosa que cause espanto

la paz que el alma rebosa
cuando se tiene una esposa
llena de virtud y encanto;
compañera de tus dias,
que solo tu bien anhela,
que en tus duelos te consuela,
que goza en tus alegrías;
que en tus afanes prolijos
su ardiente pasión exhala,
y que madre, te regala
con su amor él de tus hijos?
¿Y es esto para temblar?

(*Con desden.*)

Si á estos males no te avienes,
temo mucho por los bienes
á que puedas aspirar.

ENRIQ. No, tío, no piense usted
que á tal bien no me acómodo,
pues pensando de ese modo
me hace usted poca merced.
¿Quién esos goces sencillos
mas de una vez no ha envidiado?
¿Ser padre y verse cercado
de una turba de chiquillos!
¿Pues dígame á usted que es poco!
pues si pensando yo en eso
llego hasta perder el seso
y á convertirme en un loco!
Pero vamos, con franqueza,
ese bien imaginario
al hacerse necesario
pierde toda su belleza.
Y por mas que no le cuadre,
yo, confieso la verdad,
no pierdo la libertad
por el gusto de ser padre.
¿Comprende usted la aflicción
que un hijo trae de reata?
Ya que tiene la escarlata,
ya que tiene el sarampión:
que el ama, que los colmillos,
que el frío, el calor, ¿quién sabe?

¡Ay, tío! es cosa muy grave
ser padre y tener chiquillos.

MARQ. *(Con desden.)*

Pesadumbre y compasion
me da tu razonamiento.
¿Qué mucho, si al sentimiento
hoy domina la razon?

Pues que á la razon se abona
y nada á la fé se da,

¿qué dicha, Enrique, hallará
quien todo se lo razona?

Si hubiera pensadó asi,
echándolo todo al traste
cuando huérfano quedaste,
¿qué hubiera sido de tí?

Mas yo que gozar soñé
de una mujer el cariño,
por tí, Enrique, que eras niño,
mi dicha sacrificué.

Y héme aqui por tu reposo
condenado á la tortura
de no gozar la ventura
del que es padre y es esposo.

ENRIQ. Y eso, tío, á fé de Enrique,
nunca olvidarlo podré;

¿pero es razon para que
mi porvenir sacrifique?

Porque en fin, lo que es fatal
y ahora me aturde y marea,
no es el casarme, es la idea
de haber escogido mal.

MARQ. ¿Pues la Condesa no es bella?
¿no es una santa sin par?

ENRIQ. ¡Me he llegado á figurar
que seré infeliz con ella!

MARQ. ¿Pero por qué la has de hacer *(Indignado.)*
de tus necias dudas blanco?

ENRIQ. ¿Por qué, tío?.. Seré franco;
porque quiero á otra mujer.

MARQ. ¡Oh!.. *(Retrocediendo espantado.)*

ENRIQ.} Ya lo dije.

(Como quien se quita un peso.)

MARQ. (*Colérico.*) ¡Qué horror!
mientras yo su boda ajusto,
el niño cambia de gusto
y en otra pone su amor!..
¡Oh!.. ¡pues eso no ha de ser!

ENRIQ. Pero tío...

MARQ. ¡Buena es esa!
ó cumples con la Condesa,
ó sabré lo que he de hacer.

ENRIQ. Pero tío...

MARQ. Vive Dios,
que no has de hacer lo que quieres,
que ó cumples como quien eres
ó nos veremos los dos.

ESCENA XVII.

ENRIQUE.

¡Pues no pone malos bríos
en salirse con su tema!..
¡ay que tío mas postema!
¡son mucho cuento estos tíos!
¡Si en tal cosa llega á dar,
pienso, como soy Enrique,
que de su enojo en despique
va á hacerme des-sobrinar!
¡Mejor!.. á la gente moza
ancha libertad conviene.

(*Con fruicion.*)

¡Ay Dios, y que hermana tiene
mi amigo Luis de Mendoza!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE y CALISTO.

CLOT. (*Incomodada.*)

Digo á usted que le han contado
una solemne patraña.

¡Pues no es mala la calumnia!

¿piensa usted que soy tan varia?

CALISTO. (*Con intencion.*)

¿Qué he de pensar?... no por cierto.

CLOT. Si allá en el tiempo de marras,
por aquello de Miguel
y Domingo, cobré fama
de ligera y de mudable,
de coqueta y casquivana,
bien sabe usted que fué injusto
lo que se dijo en la casa.

CALISTO. (*Sorprendido.*) ¡Yo!..

CLOT.

Si señor, usted sabe

la verdad; usted que andaba
haciéndome el oso entonces,
según lo afirma y declara.

CALISTO. (*Recordando.*)

¡Ah!.. si, vamos...

CLOT.

Me pusieron...

CALISTO. ¡Como ropita de pascua!

CLOT. ¡Y sin razón!

CALISTO. (*Con intención.*) ¡Como ahora!

CLOT. ¡Pues!.. ¡cuidado si es desgracia!

¿Pero, señor, es posible,
que por una simple plática,
se atreva nadie á decirme
si fue, si vino y si daga?

CALISTO. Pero vamos, Clotildita;

¿por qué se enoja y se enfada?

¿No es cierto lo que me han dicho?

¿No fue en esta misma sala
donde habló usted ayer tarde

con el ayuda de cámara
que vino desde Valencia
con el novio de su ama?

CLOT. Bien, si señor; ¿qué tenemos?

me dijo algunas palabras
que no pasaron de ser
frases de buena crianza.

CALISTO. ¿Y nada más?

CLOT.

Nada más.

CALISTO. Eso no es cierto. (*Con aplomo.*)

CLOT. (*Con enojo.*) ¡Caramba!

CALISTO. Él dijo á usted chicoleos
que la hicieron mucha gracia.

CLOT. (*Sofocada.*) Mentira.

CALISTO.

Y usted le puso

tierna y risueña la cara.

CLOT. ¡Jesus!

CALISTO. ¡Pues!.. y haciendo dengues

como quien al fin se ablanda,
entre si quiero ó no quiero,
usted le infundió esperanzas.

CLOT. Pero señor, ¿quién ha dicho
esa mentira villana?

Alguna ilustre fregona
que envidiosa me disfama.

CALISTO. No, hija mia, el que esa historia
con tales señas relata,
jamás ha fregado un plato
ni nunca ha llevado faldas.
Lo ha dicho el interesado
que es otro yo.

CLOT. (*Ap.*) (¡Santa Bárbara!)

CALISTO. Otro yo, porque mi madre
el pecho le dió en la infancia,
y jamás entre él y yo
ha habido cosa callada.

CLOT. Pues esta vez ha querido
meter chismes y cizaña:
si señor, ¡es un infame!

CALISTO. ¡Cómo!..

CLOT. Un infame, un canalla.

CALISTO. ¿Canalla?.. (*Conteniéndose.*)

CLOT. Digo, si el amo
en la calle no le planta,
hubiera sido capaz
de hacerme pasar la plaza
de aquella que en otros tiempos
tiró á José de la capa.

CALISTO. Con que usted niega...

CLOT. Lo dicho.

¡Esperanzas yo! ¡ya baja!
¿Y á santo de qué? ¡Pues digo,
ni que fuera yo campana,
que cualquiera á su capricho
puede llegar y tocarla!
¡Como es tan lindo el muchacho!

CALISTO. ¡Calle!.. (*Incomodado.*)

CLOT. ¡Pues si es un fantasma!

CALISTO. ¡Oiga!..

CLOT. Mas feo que picio:
¡barbilampiño! ¡Uf, qué facha!
Vamos, no hablemos mas de él.
porque este asunto me cansa.

CALISTO. (*Con intencion.*)
Es decir, que si ahora mismo

- á sus ojos se mostrara...
- CLOT. ¡Calle usted!
- CALISTO. (*Recargándolo.*) Si enamorado
viniera humilde á sus plantas
á pedirla amor...
- CLOT. (*Indignada.*) ¡Amor!
Aunque trajese oro en barras,
puede usted estar seguro
que le diera calabazas.
- CALISTO. ¿De veras? (*Riendo maliciosamente.*)
- CLOT. Lo que usted oye,
se lo juro por mi alma.
- CALISTO. Ponga usted las cinco cruces.
- CLOT. ¿Tiene usted desconfianza?
- CALISTO. Es que puede aparecerse;
y como el diablo las carga,
y como usted es mujer,
y al fin es débil su raza...
- CLOT. ¿Piensa usted que soy veleta
que á cualquier viento se cambia?
- CALISTO. (*Con alegría.*)
Vamos, no se enfade usted:
pelillos á la mar. (*Abrazándola.*)
- CLOT. (*Sonriendo.*) ¡Vaya!
- CALISTO. (*Con gozo.*)
¿Es decir que usted me odia?
- CLOT. ¿Cómo?...
- CALISTO. (*Corrigiéndose.*) No, no, digo, al sátrapa
de mi rival.
- CLOT. (*Con cariño.*) ¿Vuelve usted
otra vez á las andadas?
- CALISTO. (*Abrazándola.*)
¡Ay... no, Clotilde, no vuelvo...
(*Ap.*) Ramona, ya estás vengada.

ESCENA II.

DICHOS, D. ENRIQUE.

- ENRIQ. ¡Bravo!
- CLOT. (*Asustada.*) ¡Jesus, qué vergüenza!
(*Escapa á su habitación.*)

CALISTO. (*Ap.*) ¡Cayóse á cuestras la casa.

ESCENA III.

ENRIQUE, CALISTO.

ENRIQ. ¡Muy bien!

CALISTO. (*Riendo.*) Vamos, en conciencia,
sin duda usted ha pensado
que ya á los diablos he dado
á la que dejé en Valencia.

ENRIQ. ¡Calisto!... ¡qué he de creer!
¡tú inconsecuente, Dios mio!...
¡Pues si tienes tú tal brio
y eres tan firme en querer!

CALISTO. ¡Pues ya se vé! Si, señor,
mas firme soy que las rocas.

ENRIQ. Pero á veces equivocas
el objeto de tu amor;
¿no es esto? Por eso aqui
te vi á esa moza abrazado.

CALISTO. (*Con despecho.*)
¡Eh!... ya vé usted si he acertado
que pensaba mal de mí.

ENRIQ. (*Con gravedad.*)
¿Quieres callarte, bribon?
¿Con que aun niegas lo que he visto?
Por esas cosas, Calisto,
pierde un amo su opinion.
Si alguno hubiera notado
tu amoroso atrevimiento,
¿qué hubiera dicho al momento?
¡De tal amo, tal criado!
Y ahora caigo, pese á mí,
que sin duda á tu retozo
debo el mal nombre que gozo,
porque me juzgan por tí.

CALISTO. (*Con extrañeza.*)
¿Por mí?

ENRIQ. Por tí, si señor;
que al ver lo que te contemplo,
dirán que te doy ejemplo

en estas cosas de amor.
Y es triste gracia en verdad
que el mundo, por culpa tuya,
de inconsecuente me arguya
y me trate sin piedad.

CALISTO. (*Ap.*) ¡Canario! Esta sí que es buena!
¡Vaya un razonar bendito!...
¡Él es quien hace el delito
y á mí me carga la pena!

ENRIQ. Por tanto, si me has de honrar
y á mi lado has de vivir,
debes mi ejemplo seguir,
y en todo me has de imitar.

Que en ello está mi decoro
hoy mas que nunca empeñado,
por ir á vivir al lado
del ángel que mas adoro.

(*Cambiando de tono.*)

Y á propósito... aun no sé
la hora y punto de partida,
y no es cosa, por mi vida,
de que sin saberlo esté.

Con que disponte á salir,
que vas á ver á su hermano
y á entregarle en propia mano
lo que le voy á escribir.

CALISTO. ¡Corrientel (*Ap.*) ¡Vaya un sermon
que me ha encajado el amigo!
¡Pues si su conducta sigo
lograré buena opinion!

(*Entra en la habitacion de Enrique, mientras este se sienta y escribe.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, escribiendo.

«Querido amigo Luis,
te escribo estas cuatro letras,
á fin de saber la hora
y el punto donde me esperas.
He despedido la casa,

tengo lista la maleta,
y solo aguardo tus órdenes
para marchar cuando quieras.
Pónme á los pies de tu hermana,
que rendidamente besa,
el que sus gracias admira
y goza ya con la idea
de disfrutar á su lado
horas que harán mas risueñas,
el sol, las aves, las flores,
tu amistad y su belleza.»

(Dejando la pluma.)

¡Bravo! el amigo Luis
dará á su hermana mi esquila,
y al través del cumplimiento
leerá mi pasión en ella.

(Llamando.)

¡Calisto! Doblo; la cierro.

¡Esto es!... ahora la oblea.

(Id.) ¡Calisto! Estoy bien seguro
que al momento me contesta
diciéndome que su hermana
hará por hacerme amena
la estancia en el campo. ¡Ay, Dios,
la dicha que me reserva
el amor en esa estancia
con que mi espíritu sueña!

(Entregado completamente á su fantasía.)

Mientras que á caza de alondras
mi amigo Luis se entrega,
yo iré de su hermana al lado
por aquellas alamedas,
pintándola de mi afecto
la intensidad y firmeza.

Y ella escuchará mis frases
entre pudorosa y tierna;
y abandonará en mis manos
sus blancas manos de seda;
y entonces el magnetismo,
y la soledad aquella,
y la sombra de los árboles
y el diablo que siempre acecha!...

(*Asaltado de un temor.*)
¡Calisto! Pues si doy tiempo
á que salga la Condesa...
me haré cuenta que he forjado
el sueño de la lechera.

ESCENA V.

ENRIQUE, CALISTO.

CALISTO. Aquí estoy.

ENRIQ. ¡Qué pesadez!
Toma, y al punto la vuelta. (*Le da la carta.*)
Ya sabes, calle de Atocha,
casi enfrente de la iglesia
de San Sebastian.

CALISTO. Ya estoy.

ENRIQ. Cuidado que te detengas
en el camino.

CALISTO. No hay miedo.

ENRIQ. Y aguarda por la respuesta.

CALISTO. Corriente.

ENRIQ. (*Deteniéndole.*) Espera un momento.
(*Observándole de arriba abajo.*)
Yo no sé qué diablos llevas
en tu persona...

CALISTO. (*Mirándose.*) ¡Qué tengo?

ENRIQ. Yo no sé qué noto en ella,
que mientras mas te reparo
menos caigo en lo que sea.

CALISTO. (*Examinándose.*)
No acierto...

ENRIQ. No, no; el busilis
debe estar en la cabeza.
A ver, mírame... ¡Eso es!...
La cara.

CALISTO. (*Asustado, ap.*) ¡Santa Quiteria!

ENRIQ. La cara... no, las patillas:
¡Calisto, qué mal te pegan!
Un mozo de la aduana
pareces con esas cerdas.
Mira, quítatelas luego

y harás bien.

CALISTO. (*Sorprendido, ap.*) ¡Esta es mas negra!
¡Con patillas le disgusto
y le disgusto sin ellas!...
Pues, señor, me doy por muerto.
Antes que arrojarme quiera
voy á despedirme yo
y me vuelvo á mi Valencia.

ENRIQ. (*Impaciente.*)
¿Por qué diablos te detienes?

CALISTO. (*Echa á correr.*)
Tiene usted razon.

ENRIQ. Espera;
di á la patrona que suba.

CALISTO. No hace falta, que aqui llega.

ENRIQ. Pues corre.

CALISTO. (*Ap. saliendo.*)
¡Lléveme el diablo
si sufro mas sus rarezas!
(*Váse y entra Doña Juana.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE, DOÑA JUANA.

ENRIQ. Nunca á mejor ocasion
ha podido usted venir.

JUANA. ¿Qué tiene usted que decir?

ENRIQ. Que dejo la habitacion.

JUANA. Me hace usted una merced.

ENRIQ. (*Ofendido.*)
Pues qué, ¿la trato tan mal?

JUANA. ¡Eh!... no lo digo por tal.

ENRIQ. Es que...

JUANA. No se ofenda usted.
Tengo abajo una familia
que un cuarto esperando está;
y una vez que usted se vá,
todo en su bien se concilia.

ENRIQ. (*Calmándose.*)
Vamos, eso es otra cosa.

JUANA. Perdone usted mis defectos...

- ENRIQ. ¡Bien!...
- JUANA. Y dé usted mis afectos
á don Pedro de Ortigosa.
- ENRIQ. (*Con sequedad.*)
No voy allá.
- JUANA. (*Con curiosidad.*) ¿Podrá ser?
- ENRIQ. (*Impaciente.*)
Ya lo he dicho.
- JUANA. (*Retrocede asustada.*) ¡Dios eterno!..
¿Y á donde bueno?...
- ENRIQ. (*Volviéndola la espalda.*) Al infierno.
- JUANA. (*Haciendo lo mismo.*)
¡Buen viaje!
- ENRIQ. (*Entra en su habitacion.*) ¡Uf! ¡qué mujer!

ESCENA VII.

DOÑA JUANA *se acerca refunfuñando á la puerta de la Condesa, y despues de entregar la carta, se vuelve dirigiendo miradas de enojo á la habitacion de D. Enrique.*

¡Qué acritud y qué insolencia!
¡y qué pasta mas maldita!
(*Llama á la puerta.*)
Clotildita, Clotildita,
una carta de Valencia.
(*Saca la mano Clotilda y la coge.*)
¡Vaya bendito de Dios!
¡Jesus! ¡qué genio de ortigas!
¡Oh! no, pues muy malas migas
ibamos á hacer los dos.
Puede marcharse al instante,
por mí no lo he de sentir:
vaya la sangre á freir
al demonio que le aguante.
Digo... á mejor ocasion...
cuando aguardan impacientes...
voy á decir á esas gentes
que tienen habitacion.

ESCENA VIII.

CLOTILDE, *la CONDESA alterada con la carta ann en la mano.*

- CLOT. ¿Pero no puedo saber
lo que la tal carta encierra?
- COND. Clotilde, no hay fé en la tierra
(Conteniendo el llanto.)
ni firmeza en el querer.
- CLOT. ¿Pero qué anuncio fatal
tanto la agita y conmueve?
- COND. Es una traicion aleve,
una ofensa criminal.
- CLOT. ¿De quién?
- COND. *(Con ira y rompiendo á llorar.)*
¿De quién ha de ser?
De quien en mi corta ausencia,
ha contraido en Valencia
lazos con otra mujer.
Del que con lengua embustera,
fingiéndose fiel y honrado,
vino á decirme. «He dejado
por seguirte mi carrera.»
- CLOT. *(Admirada.)*
¡Jesus!
- COND. ¿Pudieras creer
tan ruin supercheria?
¡Es una hazaña, á fé mia,
engañar á una mujer!
- CLOT. ¡Es decir que se ha casado!
- COND. Como si ya lo estuviera;
que en Valencia se le espera
con el contrato firmado.
¡Tal ultraje!...
- CLOT. Por favor,
cálmese usted, yo lo imploro.
- COND. *(Con indignacion.)*
Clotilde, ya lo ves, lloro
de vergüenza, no de amor.
¡Burlar asi la esperanza

de quien tanto le ha querido!
¿Por qué habré yo en él tenido
tan completa confianza?

Me hablaba con tal ardor,
que... ya se vé .. ¿quién resiste,
si ya la traicion se viste
con el traje del amor?...

CLOT. ¡Parece imposible! (*Pasmada.*)

COND.

Si,

lo parece, lo parece;
pero á mis ojos se ofrece
la negra verdad aqui. (*Estrujando la carta.*)

Y no ofende á mi razon
tanto el que ingrato me sea,
como la villana idea
que revela su traicion.

Si con amor mas profundo
otra mujer le prendó,
¿por qué á mí no me evitó
los comentarios del mundo?
(*Con orgullo ofendido.*)

Olvidarme á su placer
pudo: estaba en su derecho:
mas mi nombre ¿qué le ha hecho
que asi lo llega á ofender?

Esto subleva mi encono,
y es mayor que mi virtud:
perdono su ingratitude,
la burla no le perdono.

CLOT. (*Con despecho.*)

¡Tenga usted fé... ¡que si quieres!
al ver cosas como estas!...

¡Siempre á estos lances expuestas
estan las pobres mujeres!

¿Y no puede á la verdad
ser falsa la tal noticia?

¡Pueden tanto la malicia
y una mala voluntad!

COND. No, Clotilde, en vano sales
á esperar mi pasion,
porque siempre ciertas son
las nuevas que son fatales.

- CLOT. Sin otra prueba, es cruel,
señora, que le condene.
Háblele usted.
- COND. (*Se abre la puerta de Enrique.*) Aquí viene,
déjame sola con él.
(*Váse Clotilde por el fondo.*)

ESCENA IX.

ENRIQUE, *la CONDESA.*

- ENRIQ. (*Contrariado, ap.*)
¡Adios!... en la red caí.
¡Oh, Condesa!...
- COND. Caballero,
deténgase usted: no quiero
que se acerque usted á mí.
- ENRIQ. (*Sorprendido.*)
Señora... tanto desden
me extraña, siendo... su amigo.
- COND. (*Con energía.*)
Para hablar usted conmigo
á esa distancia está bien
- ENRIQ. ¡Ah! si de cerca incomodo
y mi contacto la ofende...
- COND. Mucho.
- ENRIQ. (*Ap.*) O picarme pretende
ó es que lo sabe ya todo.
¿Y á qué debo atribuir
enojo tan singular?
- COND. Bochorno siento y pesar
al tenerlo que decir.
Es que acabo de saber
por conducto fidedigno,
un hecho que, por lo indigno,
aun no me atrevo á creer.
Es una villana accion
que en alma honrada no cabe.
- ENRIQ. (*Ap.*) Pues, señor, ya que lo sabe
abordemos la cuestion.
(*Con aplomo.*)
¿Me acusan de falsedad?

- COND. Euerto, y saber me interesa...
- ENRIQ. (*Con calma.*)
Pues bien, soy franco, Condesa,
han dicho á usted la verdad.
- COND. (*Sorprendida.*)
¡Dios mio!... ¡y no se disculpa!
- ENRIQ. ¡Disculparme! no, á fé mia:
con negarlo aumentaria
la enfermedad de mi culpa.
- COND. (*Con dolor y duda.*)
¡No puedo á tal confesion
crédito dar! (*Estallando.*) ¡Ay de mí!...
mas para tratarlo asi
¿qué hizo á usted mi corazon?
- ENRIQ. (*Ap.*) ¡Adios!... si empieza á llorar,
me riñe y mi amor la ofrezco;
mas la otra... (*Alto.*) No merezco
que usted me vuelva á mirar.
Otro que en mí se encontrara,
por evitar sus enojos,
hiciera mentir sus ojos
é hiciera mentir su cara.
Yo no, que aunque valadí,
culto sincero he rendido
á la verdad: no ha cabido
jamás la mentira en mí.
Ligero soy, soy infiel;
esto mi labio confiesa:
no pido perdon, Condesa,
porque soy indigno de él.
- COND. Basta, que irrita en verdad,
y arguye mas villania,
que con necia hipocresia
afecte sinceridad.
Que si culto hubiera dado
á esa virtud que pretende,
el secreto que hoy me ofende
me lo hubiera revelado.
- ENRIQ. Por evitarla un pesar
antes...
- COND. (*Aturdida.*) ¡Dios mio!... ¿qué escucho?
- ENRIQ. Sabé usted que no hace mucho

- COND. se lo quise revelar.
(*Indignada.*)
Entonces... ¡Dios soberano!
és mas culpable... Despues
vino á pedirme el Marqués
en nombre de usted la mano;
y usted, por su propio honor,
debió impedir tal exceso.
- ENRIQ. Es verdad; pero confieso
que él ignoraba mi amor.
- COND. Pero usted no lo ignoraba
cuando aqui, con sangre fria,
mentida fé me ofrecia,
mentida fé me juraba.
- ENRIQ. (*Con ingenuidad.*)
¡Oh!... me puede usted creer,
es que entonces, se lo juro,
era mi afecto tan puro
cual nunca ha podido ser.
- COND. ¡Oh! basta yã de impudencia,
que harta vergüenza me da
de ver que rompiendo está
los lazos que ató en Valencia.
- ENRIQ. (*Sorprendido.*)
Lazos...
- COND. Y no puede ser
que sienta un amor sincero
el que siendo caballero
asi falta á su deber.
- ENRIQ. (*Con extrañeza.*)
¡Deber!... Condesa, no atino...
¡Lazos en Valencia yo!...
- COND. Usted allá los forjó
con la hijã de un marino.
- ENRIQ. (*Ap., recordando.*)
¡De un marino!... ¡Vamos, ya!
- COND. (*Al ver su turbacion.*)
¿Negará usted todavia?
- ENRIQ. (*Ap.*) ¡Qué diablos!... ¡y yo creia
que hablaba por la de acá!
(*Afectando sentimiento.*)
Condesa, ya que esa especie

llegar ha podido á usted,
debe hacerme la merced
de oirme, aunque me desprecie.

Es muy cierto que en su ausencia
débil á su amor falté,
y que mi afecto entregué
á otra mujer en Valencia.

Y en mi loco aturdimiento,
que es indisculpable en mí,
á mas de mi amor la dí
palabra de casamiento.

Llevarla debí al altar;
y á fé que lo hubiera hecho,
á no empezar en mi pecho
el cariño á vacilar.

Pero cejé en tal empresa,
porque, de noche y de día,
en todas partes veía
su imágen de usted, Condesa.

Su imágen llena de amor
que con desden me miraba,
y como aqui me acusaba
de infiel, de falso y traidor.

Rompiendo entonces la red
en que incauto me prendí,
tome la posta y huí
pensando solo en usted.

Mas de una vez la conciencia
contra mí airada se alzó;
mas siempre encontraba yo
para mi falta indulgencia.

Que por venir á gozar
del bien que en usted se encierra,
no digo toda la tierra,
hubiera cruzado el mar.

COND. ¡Oh! (*Variando de fisonomia.*)

ENRIQ. Vine aqui, y vi que Dios
obraba sin duda en mí,
pues al conducirme aqui
reunirnos quiso á los dos.

Debí entonces con verdad
decir todo, y sin excusa;

¿pero qué amante se acusa
de tal infidelidad?

Obré en ello como un niño:
¡qué remedio! ¡Harto me pesa!
Castígueme usted, Condesa,
con negarme su cariño.

Conozco bien la razon
que la asiste, y lo repito:
no merece mi delito
ni indulgencia ni perdon.

COND. (*Ap.*) ¡Ah, Dios mio! Tal franqueza
no esconde dolo ni engaño:
confesion hecha en su daño
habla en pro de su nobleza.
No sé, Enrique, si otra red
tiende á mi credulidad,
ni si debo, á la verdad,
estar segura de usted.

ENRIQ. (*Inclinándose*)
¡Condesa!...

COND. (*Conmovida.*) Daré al olvido
tan lamentable suceso,
toda vez que está confeso
y ademas arrepentido.

ENRIQ. (*Afectando ingenuidad.*)
No merezco esa merced,
solo merezco su encono.

COND. (*Con viveza.*)
En prueba de que perdono,
yo soy quien se acerca á usted.
(*Le ofrece la mano.*)

ENRIQ. (*Tomándola y besándola.*)
¡Ah!

COND. (*Ruborizada.*) No mas.

ENRIQ. (*Reteniéndola.*) ¡Condesa mia!...
(*Ap.*) ¡Ya estoy hecho una jalea!

COND. (*Huyendo.*) ¡Adios!...

ENRIQ. (*Siguiéndola.*) ¡Ah!...

COND. (*Ap., enterrecida.*) ¡Que no me vea
llorar de amor y alegria!
(*Entra en su habitacion.*)

ESCENA X.

ENRIQUE, *despues de un momento.*

¡Qué mano mas soberana!
¡Vamos, me ha puesto en un tris!
(*Con enojo.*)
¡Por qué habré visto á Luis,
y sobre todo á su hermana?
(*Con deleite.*)
¡Su hermana!... ¡Cuál me retoza
el alma al pensar en ella!...
¡Oh... la Condesa es muy bella!...
mas la otra es mejor moza.
¡Diablo!... preciso es romper
con tan dura situacion:
no siempre se halla ocasion
de burlar á una mujer.
Que si á salir vuelve ahora,
me rinde y me precipita.
¡Si se pone tan bonita
cuando se querella y llora!
Saldré á encontrar por ahi fuera
al bribon de mi criado:
cuando yo no esté á su lado
puede llorar lo que quiera.
ya que con harto trabajo
disculparme conseguí,
no es cosa de que... ¡ahora sí
(*Viendo á su tio.*)
que se vino el cielo abajo!

ESCENA XI.

ENRIQUE, *el MARQUES.*

ENRIQ. Voy á salir...
MARQ. (*Deteniéndole.*) No, por Dios,
aguarda.
ENRIQ. Mucho lo siento.
MARQ. Es que...

- ENRIQ. No puedo.
- MARQ. (*Con severidad.*) Un momento; tenemos que hablar los dos.
- ENRIQ. (*Impaciente.*)
Corriente. (*Ap.*) ¡Qué posma es!
- MARQ. ¿Piensas rendir tu albedrío á la Condesa?
- ENRIQ. (*Secamente.*) No, tío.
- MARQ. (*Con calma.*)
¿Ese es tu *ultimatum*?
- ENRIQ. ¡Pues!
- MARQ. ¿Con que tan resuelto estás? Enrique, ¿lo has meditado?
- ENRIQ. Si, tío; ya lo he pensado y yo no cambio jamás.
- MARQ. Entonces, preciso es, ya que estás tan decidido, que adopte en esto un partido que de fijo no preves.
- ENRIQ. ¿Partido?... (*Ap.*) ¿Qué es lo que intenta?
- MARQ. Y decisivo, á fé mia.
Soy jóven...
- ENRIQ. (*Mirándole.*) ¿Eh?
- MARQ. (*Comprendiendo la mirada.*) Todavía no he cumplido los cincuenta.
Soy libre, y en el país mis haciendas, anuales me dan un millón de reales, que no es un grano de anís.
- ENRIQ. Y con datos tan prolijos, ¿qué quiere darme á entender?
- MARQ. (*Con indiferencia.*)
¡Nada!... que aun puedo tener media docena de hijos.
- ENRIQ. Y á mí, ¿qué?
- MARQ. (*Impaciente.*) Por Belcebú!
¿Aun no me comprendes?
- ENRIQ. No.
- MARQ. Es que á casarme voy yo si es que no te casas tú.
- ENRIQ. (*Riendo.*) ¿Y eso es todo? ¡Toma, toma!...
¿Es usted muy dueño, tío!

- MARQ. (*Riendo tambien.*)
¡Calla!... juzgo, Enrique mio,
que tomas la cosa á broma!
Pues anda, sigue en tus trece.
- ENRIQ. Ya ve usted que nada arguyo.
- MARQ. Bien. (*Se sienta y se prepara á escribir.*)
- ENRIQ. Cada cual de lo suyo
hace lo que le parece.
- MARQ. Pues.
- ENRIQ. ¡La va usted á escribir?
Aqui hay papel de colores.
- MARQ. (*Escribiendo.*)
Puede ser que un dia llores
lo que hoy te hace reir.
- ENRIQ. (*Ap., gozoso.*)
Con sus rarezas eternas
me va á hacer una merced.
(*Con intencion.*)
¡Cuánto tiempo hará que usted
no escribe cosas tan tiernas!
- MARQ. Como nunca esta costumbre
tomé cual tú con exceso...
mas no pienses que con eso
me das una pesadumbre.
Acabé. (*Suena la campanilla.*)
- ENRIQ. Bravo, á fe mia.
(*Ap.*) ¡Qué diablos va á suceder?
- MARQ. (*Con mofa.*) ¡Te quedas?
- ENRIQ. (*Riendo.*) Quiero saber
si se aviene á ser mi tia.

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA JUANA, *por el fondo, con calma.*

- ENRIQ. (*Impaciente.*)
¡Ande usted!
- JUANA. (*Ap.*) ¡Jesus... no cesa
de rabiarse!... ¡me tiene harta!
- ENRIQ. Tome usted, y entre esa carta
á la señora Condesa.
- JUANA. ¡Vamos, la distancia es corta!

ENRIQ. ¿Eh?

JUANA. Nada: hablaba conmigo.

¿De parte de quién la digo?

ENRIQ. De quien á usted no la importa.

(Doña Juana hace un gesto de ira, y se entra gruñendo en la habitacion de la Condesa, y vuelve á salir al momento.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, el MARQUES.

MARQ. (*Levantándose.*)

Tirada la suerte está.

ENRIQ. Suceda lo que suceda,
me alegro.

MARQ. (*Paseando.*) ¿Si?... ¿Otra te queda!

ENRIQ. ¿De veras?

MARQ. Ello dirá.

Si tan alto bien consigo,
tendré un placer extremado;
pues digno de tal pecado
será, Enrique, tu castigo.

ENRIQ. (*Abrazándole y riendo.*)

No me atrevo á creer, no,
que á su enojo me condene;
pues si usted su mano obtiene,
¿quién se la da sino yo?

MARQ. Corriente: búrlate en calma;

prosigue, si eso te engrie:
hombre hay que canta y rie
y rabia dentro del alma.

Mas calla, aqui está.

ENRIQ. (*Aturdido quiere huir.*) ¡Por Cristo!

MARQ. (*Deteniéndole.*)

¡Eh! ¿dónde vas? quieto aqui.

ENRIQ. (*Desconcertado, ap.*)

¡Voto al demonio! ¡Esto sí
que no lo habia previsto!

ESCENA XIV.

DICHOS, la CONDESA, un poco alterada.

COND. Señor Marqués...

ENRIQ. (*Ap.*) ¡Ahora es ella!

COND. (*Ap., con extrañeza.*)

¡Enrique aquí!...

MARQ. (*Inclinándose.*) Noble amiga,
quien teme haberla faltado,
perdon es justo que pida
antes de todo.

COND. (*Con embarazo.*) Marqués,
permita usted que le diga
que no sé si callar deba
ó me dé por ofendida.

ENRIQ. (*Ap.*) ¡Yo no sé lo que me pasa!

¡Siento tales calorinas!

MARQ. Comprendo: usted no se atreve
á hablar, teniendo á la vista
á Enrique!

COND. (*Con dignidad.*) ¡Como conozco
que le ofende su misiva!

MARQ. Lo sabe todo.

COND. (*Sorprendida.*) ¡Qué escucho!
Entonces... ¿qué significa?..

(*Con orgullo.*)

¡Es esto burla ó desprecio!

MARQ. ¡Desprecio!.. No, no, hija mia,
no piense usted que mi alma
designio tan vil abriga.

COND. ¿Entonces, señor Marqués,
cómo su carta se explica?
Usted su mano me ofrece,
usted con su amor me brinda,
cuando sabe que es de Enrique
todo cuanto solicita.

(*Con severidad.*)

A no temer agraviarle,
señor Marqués, le diria
que ó la razon ha perdido,

- ó que su deber olvida.
- ENRIQ. (Ap) ¡Me va á matar un soponcio!
¡qué diablos de sofoquinas!
- COND. Hable usted por Dios, Enrique;
¿no vé usted que esto me humilla?
- MARQ. Enrique no dirá nada,
porque su propia ignominia
paralizando sus labios
valor y aliento le quita.
Mírcle usted cabizbajo,
sin color en las mejillas;
¿qué podrá usted esperar
de quien así se resigna?
- COND. ¿Pero qué pasá? (Aturdida.)
- MARQ. Condesa,
pasa una cosa que irrita,
que por mucho que me cueste,
debo por mi honor decirla.
Al revelársela, espero
que hará á mi intencion justicia;
palabras por mí empeñadas
han sido siempre cumplidas.
(Movimiento de impaciencia de la Condesa.)
Cuando anhelando de Enrique
no ha mucho el bien y la dicha,
vine á pedir una joya
que no merece, á fé mia,
ignoraba yo, Condesa...
- COND. (Sonriendo.)
¡Oh!.. Calle usted, no prosiga;
ya sé de lo que se trata,
y no merece tal ira.
- MARQ. ¿Qué escucho? ¿Usted su traicion
sabe ya?
- COND. (Con benignidad.) Ya la sabia;
y á fé que perdon merece
quien falta y se reconcilia.
- MARQ. ¿Y usted su perdon le ha dado?
- COND. ¿Por qué no? Si pudo un dia
faltarme en Valencia...
- MARQ. (Con extrañeza.) ¿Cómo?
- ENRIQ. (Ap.) ¡Jesucristo, qué fatigas!

- MARQ. ¡En Valencia!.. ¡no comprendo!..
COND. ¿Pues no habla usted por la hija
del marino?
- MARQ. (*Volviéndose á Enrique.*) ¿Qué marino?
¡Cómo!.. ¿dejas otra intriga
pendiente en Valencia?
- COND. (*Comprendiendo que se trata de otra.*)
¡Cielos!
- ENRIQ. (*Ap.*) ¡Se abrió el barco por la quilla.
COND. ¿Con que su falta es reciente?
- MARQ. ¡De cuando usted accedia
á su demanda!
- COND. (*A punto de desvanecerse.*) ¡Dios mio!
¿Y usted no se justifica? (*Dirigiéndose á él.*)
- ENRIQ. ¡Condesa!.. (*Aplanado.*)
COND. (*Retrocediendo hasta caer en un sofá.*)
Si, si, bien clara
su traicion en él se pinta!
¡Oh!.. ¡qué infamia! ¡Qué vergüenza!
- MARQ. Si, llore usted, pobre niña,
que los tormentos del alma
solo el llanto los alivia.
- ENRIQ. Condesa... (*Avergonzado.*)
MARQ. (*Deteniéndole.*) Silencio, Enrique;
compadezco tu desdicha,
que no debes tener alma
cuando aqui no te arrodillas.
(*Un momento de pausa.*)
- COND. (*Haciendo esfuerzos por serenarse, se le-
vanta y tiende su mano al Marqués.*)
Gracias, Marqués; hay servicios
que ni se borran ni se olvidan;
el que acaba usted de hacerme
vivirá mientras yo viva.
Parto á Valencia esta noche
para encerrarme en mi quinta;
cuando usted honrarla quiera
le veré muy complacida.
- MARQ. ¡Condesa! (*Inclinándose.*)
COND. Sé que su alma
es generosa y es digna!..
(*Con dignidad.*)

El tiempo todo lo puede:
¡bien podrá borrar mi herida!

MARQ. *(Comprende una esperanza en estas palabras, y le besa la mano.)*

¡Ah!..

ENRIQ. ¡Condesa!.. *(Queriendo detenerla.)*

COND. *(Con orgullo.)* Caballero,
me ofende que usted me siga.
(Enrique queda abismado, el Marqués la acompaña, y antes de entrar la Condesa en su habitacion se cubre el rostro sollozando.)

ESCENA XV.

ENRIQUE, el MARQUES, *despues de un momento.*

MARQ. ¡Ya ves!

ENRIQ. Tio, entre los dos *(Con despecho.)*
no es posible ya avenencia.

MARQ. Voy á evitar tu presencia
y á darte el último adios.

ENRIQ. Comprendo sin que me asombre
que desheredado quedo.

MARQ. Yo dar mis rentas no puedo
á quien deshonra mi nombre.

ENRIQ. Aunque tal razon condene,
no me da un pesar profundo;
cada cual en el mundo
hace lo que mejor le conviene.

MARQ. *(Con severidad y sentimiento á la vez.)*

Sigue, pues por donde vas;
arrostra, Enrique tu sino:
ya has visto que ese camino
no conduce al bien jamás.
Mas tú lo quieres, amen;
no es justo que yo lo estorbe;
pero aunque cruces el orbe
no podrás hallar el bien.
Porque tu estrella fatal,
del buen sendero te aleja;
y es porque en tí se refleja
la sociedad actual.

Que inquieta, viva, anhelante,
en torno de todo gira:
nunca el bien presente mira
sino el que tiene delante.

Ella copiándote está,
tú, su viva imágen eres;
(*Con lástima.*)

ni tú sabes lo que quieres,
ni ella sabe dónde va.

ENRIQ. Tio. (*Impaciente.*)

MARQ. Un momento y te dejo:
¿has pensado, Enrique, di,
en lo que será de tí
cuando llegues á ser viejo?
Sin familia, sin hogar,
sin hijos, sin afecciones...

ENRIQ. Tio, basta de sermones,
tiempo tendré de rezar.

MARQ. ¡Tienes sobrada razon,
será mi trabajo en vano;
pues Dios retira su mano,
es fija tu perdicion.
¡Adios!.. ¡El cielo te asista!

ENRIQ. Amen.

MARQ. (*Volviéndose desde la puerta.*)

¡Y no le da pena!

Cuando Dios á un ser condena,
le turba el seso y la vista.

ESCENA XVI.

ENRIQUE.

¡A no ser por el respeto
con que siempre le he mirado!..
¡Vaya un rato que me ha dado!
¡No ha sido flojo el aprieto!
(*Pensativo.*)

Tiene razon, eso si,
¡y la tiene con exceso!
¡Oh! sus palabras... confieso
que han labrado mella en mí.

(*Con despecho.*)

¡Conozco que ya me pesa
mi falta y que necio he sido!...

Si, si; yo hubiera podido
ser feliz con la Condesa.

(*Cambiando de tono.*)

¡Pero quién del corazón
apaga la inmensa hoguera?

¡Como si el hombre pudiera
contrariar su inclinación!

(*Permanece pensativo hasta que termina la
siguiente.*)

ESCENA XVII.

ENRIQUE, CALISTO y CLOTILDE, *que aparecen riñendo
en el fondo.*

CLOT. Ha sido una infame red
á mi inocencia tendida.

CALISTO. ¡Inocente!... por mi vida,
¡buena inocente está usted!

CLOT. (*Gimoteando.*)
¡Villano!...

CALISTO. Vuelvo á Ramona.

CLOT. ¡Que esto me suceda á mí!
(*Atraviesa el escenario con despecho y en-
tra en la habitacion de su ama: Calisto la
sigue con la vista riendo.*)

CALISTO. ¡Pues señor me descubrí!
Esto mi lealtad abona.

ESCENA XVIII.

ENRIQUE, CALISTO.

ENRIQ. (*Saliendo de su estupor.*)
¡Eh? ¡qué?

CALISTO. ¡De vuelta estoy ya!

ENRIQ. (*Gozoso.*)
¡Dios mio!... ¡A buena ocasion!
¡Te dieron contestacion?

CALISTO. Si señor.

ENRIQ. Dame.

CALISTO. (*Dándosela.*) Aquí está.

ENRIQ. Noticia muy lisonjera
debe traerme, á fé mia;
si, conozco en mi alegría
la ventura que me espera.

(*Abre y lee.*)

¡Abramos pronto! ¡Ajajá!

«Querido Enrique, nos vamos,
y ahora mismo te aguardamos
en la puerta de Alcalá.»

(*Representa.*)

¿No lo dije? ¡Lució al fin
mi ventura! ¡hola!... Calisto...

CALISTO. ¡Señor!...

ENRIQ. Despáchate, listo,
mi saco, mi maletín.

(*Calisto presuroso entra y sale de la habitación cargado con dichos objetos. Sigue leyendo.*)

Mi hermana te felicita,
y ya complacerte anhela.

(*Interrumpiéndose.*)

Vamos, comprendió mi esquila;

¡Ay qué mujer mas bonita!

(*Leyendo.*)

¿Su esposo! ¿qué?... ¿qué he leído?...

(*Lee.*) ¡Vendrá á reunírsenos luego!...

(*Se interrumpe.*)

¿Pero señor... estoy ciego?...

¿Qué dice aquí de marido?...

¿A ver?... sí, (*Leyendo.*) dice... ¡su esposo!..

(*Deja caer la carta, y desfallecido se sienta en una butaca.*)

¡Su esposo!... ¡Estaba casada!...

¡Adios... ventura soñada!...

¡Adios, sueño delicioso!...

¡Iba de mi dicha en pos
y es mi bien una quimera!...

(*Levantándose.*)

¿Si mi tío lo supiera!...

(*Despues de un momento.*)

¡Me he lucido como hay Dios!

CALISTO. (*Con enfado.*)

¿Vamos á estarnos asi?

ENRIQ. (*Volviendo de su estupor.*)

No, no; ya puedes quedarte.

CALISTO. Pero cómo, ¿usted no parte?

ENRIQ. Calisto, me quedo aqui.

(*Empieza á pasearse y Calisto detrás.*)

CALISTO. (*Tirando los objetos que tiene.*)

Pero, ¡canario! señor,

eso pasa de la raya.

ENRIQ. ¡Qué diablos!... ¿quieres que vaya

al campo á hacerme pastor?

¡Bonito por Dios seria

que allá me fuera yo ahora

á ver despuntar la aurora,

á ver trasponer el dia!...

CALISTO. ¿Mas dónde va á residir?

Ello es preciso que vea...

ENRIQ. (*Deteniéndose.*)

Calisto, tengo una idea

y te la voy á decir.

CALISTO. ¿Cuál?

ENRIQ. Nos vamos á viajar.

CALISTO. (*Ap.*) ¡Adios!... ¡otro desvario!

ENRIQ. Ya verás, Calisto mio,

lo que vamos á gozar.

Ya que descubres lejano

un nuevo y rico horizonte;

ya que atraviesas un monte,

ya que cruzas por un llano;

ya que ves una ciudad,

un pueblo, un valle, una aldea..

Calisto, amigo, esta idea

hace mi felicidad.

CALISTO. (*Con frialdad.*)

Será muy buena, señor;

mas á viajar no me avengo.

ENRIQ. (*Incomodado*)

¿Por qué, necio?

CALISTO. (*Con calma.*) Por que tengo

un pensamiento mejor.

ENRIQ. (*Con curiosidad.*)
¿A ver?

CALISTO. Yo, con su licencia,
dejo á usted y su servicio.

ENRIQ. ¡Cómo!... ¿Estás en tu juicio?

CALISTO. Cabal: me vuelvo á Valencia.

ENRIQ. (*Enojado.*)
¿Vaya una aprension mas rara!

CALISTO. Lo será; mas yo he notado,
que está usted de mí cansado
y que le carga mi cara.
Y fuera en mí necio error,
que á otro lance me expusiera,
y que allá en tierra extranjera
me plantase á lo mejor.
Con que... nada, no conviene.
(*Retirándose.*)

ENRIQ. (*Irritado.*)
¿Asi pagas mi afan ciego!

CALISTO. ¡Quiá! si usted no tiene apego
ni á la camisa que tiene.

ENRIQ. (*Le amenaza y se contiene.*)
¡Oh!... vete, si, que me encona
tu villana ingratitud.

CALISTO. (*Retirándose poco á poco.*)
¿Vaya pues!... ¿que haya salud!... (*Se va.*)

ENRIQ. (*Vuelve á caer desfallecido en la butaca.*)
¿Todo el mundo me abandona!

ESCENA XIX.

ENRIQUE, DOÑA JUANA *guiando á unos mozos con equipajes, que se entran en la habitacion de Enrique.*

JUANA. ¡Cuidado!... ¡cuidado!... asi.

ENRIQ. (*Levantándose.*)
¿Qué es esto? ¿qué pasa ahora?
(*Comprendiendo lo que pasa.*)
¿Pero no ve usted, señora,
que quiero quedarme aqui?
¿Cómo á csta accion se propasa

sin avisarme siquiera?
JUANA. (*Irritada.*)
¡Calle usted! ¡Pues bueno fuera
que usted mandase en mi casa!
Usted el cuarto dejó,
y yo al punto lo he cedido;
si está usted arrepentido,
lo que es por mi parte, no.
Con que busque donde estar,
que aquí todo está ocupado.
(*Doña Juana entra en la habitacion: Enrique cae en un profundo abatimiento.*)

ESCENA XX.

ENRIQUE *despues de un momento.*

¡Sin esposa!... ¡sin criado!...
¡sin familia!... ¡sin hogar!...
Tiene mi tío razón;
me aguarda un fatal destino;
si, yo voy por mal camino,
camino de perdición.
¡Lo veo... y me causa miedo!...
quisiera vencerme, si;
¡mas no sé qué siento en mí
que dominarme no puedo!
¡Pronto mi castigo empieza!
no hay remedio; estoy perdido:
¡Árbol que crece torcido,
tarde ó nunca se endereza!

(*Se deja caer en la butaca con el rostro oculto en las manos.*)

FIN DE LA COMEDIA.

mandadas imprimir y publicar

POR

LA MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

Quinta edición, corregida y aprobada por la Sala de Indias del Tribunal Supremo de Justicia, con la aprobación de la Regencia provisional del reino.

Cuatro tomos en folio, 50 pesetas.

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

Colección completa de todos los tomos publicados por esta sociedad, de que se hallan la mayor parte agotados.

Van publicados 38 tomos en 4.º—Precio, 900 pesetas.

También hay tomos sueltos.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas formulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

